

**RELATOS, CUENTOS Y FANTASIAS**

**AUTOR: GUILLERMO RODRÍGUEZ**

## I - LUCÍA Y JUANITO

Lucía era una cabrita de pelo rojizo con manchas en los costillares, como pequeñas nubecillas grisáceas más bien claras, que resultaban muy atractivas. Cuando estaba recién parida, Lucía era la nodriza de mi casa. Bueno, para que me conozcáis antes de seguir adelante, me presentaré: – Soy Jacinto, natural de un pueblo de La Mancha, hijo de agricultores, y ... bueno, pues un muchacho más de pueblo–.

Antes del último parto de Lucia decían mis padres que había tenido otros dos: el primero no lo recuerdo, el segundo sería dos años atrás por aquellas mismas fechas. Fue una chivita también de pelo rojo, salpicada de manchas negras y blancas principalmente, aunque no estoy muy seguro; entonces yo era aún muy pequeño para reparar en esos detalles.

Este último parto sí lo viví muy de cerca, además, el cabritillo era tan bonito que enseguida me impresioné con él. Tenía el pelo rojizo como la madre, en el que alternaban manchas claras con negras. Estas debieron de ser la herencia del padre, porque Lucía no tenía ni un punto negro en su piel. Lo más gracioso del recién nacido era la estrella en forma de rombo alargado de color blanco, como la leche, que tenía dibujada en la frente.

El nombre de Lucía se lo puso mi padre cuando nació, creo que unos tres años después de que yo naciese. Nos dijo que le había puesto ese nombre porque sus ojos y su mirar tenían mucho parecido con los de una tía suya, hermana de su padre, que así se llamaba. Con ese nombre la conocíamos los más allegados en el pueblo.

En mi casa tenemos la costumbre de ponerle nombre a casi todos los animales que con nosotros conviven, siempre me pareció una idea muy acertada; es una manera de demostrar que tienen nuestro respeto y consideración como miembros de la familia. Por aquellos tiempos, teníamos una burra que se llamaba Petronila, una mula que era bastante

falsa a la que llamaban Salomé; a mi padre no le coceaba porque cuando la sentía alterada le ponía en la boca terrones de azúcar, sería por eso que solo mi padre podía acercarse a ella, siempre llevaba algún terrón en los bolsillos. El mulo que hacía yunta con Salomé es un pedazo de pan, noble como él solo, además de voluntarioso y fuerte, lo llamamos Bonifacio, pero como ese nombre es muy largo, se quedó con el diminutivo de Boni, lo mismo que a la burra a la que decíamos Petro a secas. Al perro, que no había nacido con mucha valentía, le pusieron de nombre Capón. Los gatos, como entran y salen de la casa tan libremente y nunca sabemos cuáles son los nuestros y cuáles los del vecino, no los tenemos bautizados, además, casi siempre los estamos asustando, no son de fiar. A las gallinas y a los patos tampoco les hemos puesto nombre porque son demasiados para recordarlos, y... marcarlos con una etiqueta en la pata, pues no; no nos parece bien que vayan todo el día arrastrándola por el barro.

Bueno, que me he desviado del tema; aunque pensándolo bien no tanto, porque me falta que os diga cómo bauticé a este último cabritillo; le puse el nombre de Juanito, como un compañero de la escuela con el que le encontré mucho parecido. De mote le llamamos el *Sopa*, y es que de bobo e ignorante se pasa, cualquier bola que le contamos, aunque sea muy gorda, se la traga; solo al final, entre sorprendido y confiado o quizás resignado, no lo sé, nos dice ¡sí!, y se queda con la boca abierta como el cabritillo, hasta que le decimos. «Cierra la boca, Juanito, que se te va a llenar de moscas».

A partir de este punto, siempre que diga Juanito me referiré a mi cabritillo, no os olvidéis y no vayáis a confundiros. Nació a mediados de Enero, al principio parecía que todo iba bien, pero una mañana, cuando fui a verlo antes de salir de casa, lo encontré tendido con una postura sospechosa, como si no tuviese fuerzas ni para levantar la cabeza. Con riesgo de llegar tarde a la escuela, lo levanté y lo mismo hice con su madre,

le acerqué el hocico a la teta y se agarró a ella rabiosamente, pero la madre empezó a emitir unos balidos muy extraños, que parecían más bien quejidos, y a intentar separarlo con las patas; gracias a que yo estaba allí al lado y lo sujetaba para que mamase. Salí de la cuadra muy preocupado y así estuve toda la mañana en la escuela, cada cinco minutos o menos miraba el reloj, impaciente por escuchar el gong de la una en la campana del reloj de la iglesia. Cuando el maestro tocó la campanilla, yo tenía todos los bártulos recogidos en la cartera y salí como una flecha calle abajo hasta mi casa. Solté la cartera de cuero que llevaba colgada a la espalda y la dejé encima de la mesa de la cocina, para que si mi madre entraba en casa supiese que ya había llegado; cuando me retraso jugando, sale a la calle y me llama a grito pelado, ¡como si estuviese loca!

De la cocina pasé al corral, que está al lado, por la puerta que comunica con la casa, de esta forma no tenemos necesidad de salir ni entrar por la puerta de la calle, que es un portalón grande y alto de dos hojas por donde pasa el ganado y el carro cargado hasta los topes de leña, paja, heno o de lo que sea, por eso es tan alto. El corral tiene, además de las cuadras y los cobertizos, un patio grande con el suelo de tierra cubierto de estiércol apisonado, que en mi pueblo lo llaman *deslunado* o algo así, un pozo que no se seca nunca y una pila de piedra que mi padre tiene siempre llena de agua para que beba el ganado que anda suelto. Entré en la cuadra y me fui derecho al rincón del pajar donde les había dejado antes de irme a la escuela; allí estaba mi cabritillo, casi inerte, en el mismo sitio, no se había movido ni un centímetro; la madre estaba con todo su cuerpo recostado en la paja y la cabeza erguida rumiando algo. Las cabras no dejan de rumiar aunque estén dormidas; a veces se han pasado la noche entera acostadas debajo de la ventana de mi cuarto, que da a un cobertizo del corral. Cada vez que me despertaba escuchaba el runruneo de sus muelas masticando lo que tuviesen en la boca, deben dejar los piensos hechos harina.

El cabritillo estaba pegado a la madre, pero no se movía; al entrar ni siquiera levantó la cabeza, me dio muy mala espina. Como allí no había luz suficiente para averiguar lo que le pasaba a la madre, la levanté tirando de los cuernos y la saqué al *deslunado*. Con solo ver sus pezones, comprendí los gemidos que daba cuando Juanito se los mordía, tenía unas llagas supurantes con muy mala pinta. La até a un leño para que no regresase a la cuadra y volví hasta donde había dejado a Juanito, lo cogí en brazos y lo puse sobre la cama caliente de su madre; lo arropé con más paja caliente de alrededor y me fui a buscar a mi madre para contarle lo que había visto. Estaba tan dolido que las palabras salían de mi boca preñadas de una especie de reproche por su poca atención, por no fijarse en las grietas cuando la ordeñaba, ni por la mañana ni por la noche, que se dice pronto. Me contestó muy airadamente que en eso se iba ella a parar, en ver cómo tenía los pezones la cabra y si el cabrito mamaba o no; solamente por eso me hizo sentir escalofrío, pero añadió algo que me estremeció y una especie de culebrilla me recorrió el cuerpo de la cabeza a los pies cuando dijo de una forma fría y despiadada: «Además, si no puede mamar, lo matamos y nos lo comemos, aunque... ahora recién hecha la matanza tenemos mucha carne... me es igual.

Cuando salí de la cocina aún continuaba hablando, pero todo lo que dijese después de aquella frase fatídica me sobraba; lo principal ya lo había oído y tenía que pensar en un plan urgente para salvar a Juanito. Enseguida se me encendió una lucecita y me dije: «Tengo que ordeñar a Lucía y con un embudo darle su ración diaria, aunque lo haga de noche... o a escondidas, es urgente salvarlo de las zarpas asesinas de mis padres».

Me tracé un plan sobre la marcha y, como no había tiempo que perder, salí de casa a la carrera en dirección al bar de mi tío Urbano, que además de ser mi padrino me quiere mucho: confiaba en que me ayudaría, decía que desde que me bautizaron, a él y a tía Tomasa, su mujer, les había

**cambiado la suerte y hasta se le habían curado las almorranas; mi tía las llamaba *mariquitas* porque tenían su tamaño y el color encarnado brillante con puntos negros, lo mismo que los insectos ovalados. Creo que más que mi bautizo, el efecto benigno se lo trajo la pasta de manteca de cerdo con ajo y perejil molido y unas gotas de aceite puro de oliva que mi madre guarda en un tarro desde que su madre (mi abuela) lo utilizaba.**

**A mi abuela se le reventaban y, por lo visto, no podía aguantar más de cinco minutos sentada en la misma postura, ni casi en la misma silla. Esa sería la razón de que yo la recuerde dando vueltas por la casa con el bastón en la mano. Como si hubiese sido ayer, me acuerdo del día en que estaba sentada a la lumbre friendo torreznos, hizo un movimiento brusco y de repente se levantó, con lo que volcó la sartén y derramó los torreznos y el aceite por la ceniza de la lumbre, puso la lancha de la chimenea de chupa dómine. Ante la sorpresa del salto, a mí solo se me ocurrió preguntarle «¿Pero que te pasa abuela? ¿Es que te ha picado una pulga?». Como no me contestó, luego, cuando lo pensaba me decía: «No debe haber sido sólo una pulga, deben haberla picado un batallón de ellas y todas al mismo tiempo, ¡qué salto pegó!».**

**De camino al bar de mi tío Urbano, iba pensando en lo que necesitaba: Una botella, a poder ser de plástico, por si se me caía que no se rompiese, con tapón para que no se derramase ni una gota. También le pediría un embudo pequeño que sirviese de canalillo entre la teta de la madre y la boca del cabritillo.**

**Me planté delante del mostrador y así a boca-jarro se lo espeté todo. A mi tío le debió de sorprender lo que le pedía, pero aún más la manera impaciente como se lo debí pedir, porque antes de que acabase de explicarle lo que necesitaba me dijo que me serenase.**

**Salió de detrás del mostrador y vino a mi encuentro, se agachó para quedarse en cuclillas y ponerse a mi altura, porque es muy alto, mide casi**

dos metros, me cogió por los brazos y me pidió que le contase con calma lo que me pasaba. Al principio, haciéndome el remolón, le dije que no me pasaba nada, que necesitaba la botella y el embudo para jugar. El me miraba fijamente y yo miraba al suelo disimulando cuando me dijo: «Mira, Jacinto, estos utensilios no se usan para jugar, así es que cuéntame lo que te pasa para ayudarte, si puedo». Después de esos razonamientos no me quedó otra que desembucharle mi plan, haciendo hincapié en que si no me ayudaba matarían a Juanito, además, el plan que tenía debía llevarlo en secreto unos cuantos días.

Cuando mi tío escuchó que lo nombraba como si fuese un amigo muy especial se quedó fascinado, se llevó la mano a la cara, en ese gesto habitual de taparse la boca mientras se está pensando y se volvió sobre sus pasos para buscar debajo del mostrador lo que le había pedido. Creo que el hecho de que le hubiese puesto nombre le confirmó lo importante que debía ser para mí aquel cabritillo.

Cogió dos botellas de plástico de medio litro cada una, con sus tapones, y un embudo de tamaño adecuado para la función que comprendió tenía que cumplir. Como estaban usadas del vino, se pasó a una cocinilla que tienen detrás de la barra de las botellas, las fregó bien con agua y jabón y me lo puso todo dentro de una bolsa de plástico de las que van pintadas con colorines por el exterior, de modo que nadie que me viese pudiera sospechar lo que llevaba dentro.

Al vérmelo todo tan limpio, tan a punto para ser utilizado, me imaginé a Juanito dando brincos y balando de contento; de tal manera me embelesé que creo que no le di las gracias, cogí la bolsa y salí pitando hasta mi casa.

Antes de llegar a la puerta, mi madre salía con un cesto de mimbre al cuadril; no reparó en la bolsa que yo llevaba en la mano, solo me dijo que iba al horno a buscar unas bandejas de dulces que había hecho aquella

mañana; que me fuese lavando las manos porque en media hora estaba de vuelta para comer. Qué alegría me dio, porque en aquella media hora yo tenía tiempo de sobra para resucitar a Juanito, que estaría medio muerto. Seguramente cuando lo encontré tan desfallecido por la mañana llevaba un día o más sin que la madre le permitiera mamar ni una gota.

Cuando entré en el corral lo primero que hice fue ir a comprobar que no se había muerto todavía; al abrir la puerta de la cuadra levantó la cabeza y me miró triste, me acerqué a él y, para darle ánimos, le dije: «No te preocupes, Juanito, que en cinco minutos voy a llenar tu barriguilla con la leche de tu madre, ¡ya lo verás!», y salí corriendo al *deslunado*.

Lucía continuaba acostada en el mismo sitio donde la había dejado, la levanté tirando de los cuernos y luego del rabo porque se resistía a ponerse de pie «¡Que vaga eres!» le dije, y me fui hasta el pozo para llenar una botella de agua del cubo de zinc que siempre estaba colgado de una polea. Creí conveniente lavarle bien los pezones antes de ordeñarla y de paso limpiarle y refrescarle las heridas.

La ordeñé muy despacio, con mimo podría decirse, para hacerle el menor daño y a pesar de ello balaba de vez en cuando, quizás se sentía una inútil por no poder amamantar ella sola a su cría. A través del embudo llené la primera botella y la tapé, le tanteé las ubres y como las encontré bastante infladas todavía llené la otra botella, en total tenía disponible un litro de leche calentita. «Lo peor viene ahora –pensaba mientras me dirigía al pajar con las dos botellas abrazadas en el pecho para que no se enfriasen y el embudo en el bolsillo del pantalón–, a ver si Juanito no hace ascos al embudo de hojalata». Dejé las botellas arrojadas en un montón de paja caliente y abrí la ventana que da al *deslunado* para tener toda la luz posible; mi padre la cierra en invierno para que no entre frío.

Cogí un saco con paja, metí dentro a Juanito dejándole fuera solo una parte de la cabeza, la boca y los ojos principalmente, y le coloqué en un



pesebre que hay debajo de la ventana; aquel era el lugar de toda la cuadra que tenía más luz, pero con la ventana abierta entraba una brisilla que cortaba el cutis. Como la saca era de una tela rayada de varios colores, al verlo con más luz me hizo mucha gracia, se parecía a ETE envuelto en el albornoz y dentro de la cesta de la bicicleta. Le dije: «Que guapo estas, Juanito»; el pobre me miraba con los ojillos medio abiertos, ya no tenía fuerzas para más. Ladeaba la cabeza como si no oyese bien, pero mientras le hablaba no dejaba de mirarme. Desde aquel día nos hemos comunicado mucho, aunque siempre hablo solo yo, claro, pero creo que entiende muy bien lo que le digo porque me obedece en todo.

Le enseñé el embudo y le dije: «Voy a poner esta cosa en tu boca, para que a través de ella te llegue la leche de tu madre, no me lo escupas si quieres seguir viviendo, porque tu madre tiene llagas en los pezones y no te dejará que mames de ella hasta que se le curen, así es que tienes que hacer lo que te mande o si no te morirás, pórtate bien y yo te salvaré». No sé si me entendió poco o mucho o nada, pero en cuanto saqué la botella del montón de paja, que había conservado la leche caliente, le metí el embudo en su boca y como si lo conociese lo aceptó de buen grado. Es cierto que antes de abrirle la boca ya tenía la botella destapada para vertérsela dentro, sin darle tiempo a que saborease la acidez de la hojalata.

Cuando me empujaba con su lengua el embudo tenía que parar, porque necesitaba expulsar el aire. Aparte de estas pequeñas pausas para eructar, fue tragando sin parar hasta que se vaciaron las dos botellas. Cuando terminó le dije: «Muy bien, Juanito, te vas a hacer más fuerte que un toro», él me miraba con ojos de agradecido o eso me parecía. Le saqué del saco, lo puse en el montón de paja y traje a su madre con él; se acostó enseguida y los dos se quedaron juntitos, la madre con su cabritillo. Lavé las botellas y el embudo con agua del cubo de zinc, las metí en la bolsa y la bolsa en mi cartera, cabía todo bien y allí no registraría nadie.

Mientras comíamos mi madre y yo, le quise dar la impresión de que ya no estaba preocupado con Juanito, porque le había visto mamar de su madre y me parecía que se le habrían curado los pezones; quería que se despreocupase de él y así alejaría el peligro del cuchillo. No me hizo mucho caso porque tenía un fuerte dolor de cabeza, cuando iba al horno volvía con ese dolor, pero... como decía mi padre: Tu habla que algo queda.

Aquella tarde en la escuela no presté atención, gracias a que la lección que tocaba era la Reconquista y ese tema lo había leído en casa con mi padre varias veces, él decía que nosotros teníamos parentesco lejano con el Cid Campeador y me hizo aprender su nombre de carrerilla; pero basta que yo estuviese embelesado con mi problema para que el maestro se fijase en mí. Cuando más concentrado estaba tejiendo el plan de supervivencia de Juanito, me nombró: Jacinto Díaz, me puse de pie con el reglamentario saludo de presente y me preguntó, suponiendo que estaba distraído, como ciertamente así era: ¿Quién fue la figura más popular de la Reconquista? Le contesté como un papagayo: «El Cid Campeador». «¿Y quién encarnaba la figura del Cid?», me volvió a preguntar; le recité el nombre con sus apellidos de carrerilla, tal como lo tenía aprendido y me dijo: «Muy bien Jacinto, puedes sentarte». Aquella tarde me puso como ejemplo de un buen alumno. Con el problema que yo tenía, por un oído me entró y me salió por el otro.

Cuando sonó la campanilla, bajé las escaleras a saltos atropellando a los que se me ponían por delante, pero como era el ejemplo de la clase, nadie protestó. Llegué a mi casa en dos minutos, no tenía tiempo que perder si quería que Juanito se acostase con la barriga llena. Supuse que mi madre estaría con las vecinas, cosiendo y zurciendo ropas de la casa o haciendo costura de manteles. Casi siempre se juntaban por las tardes en casa de su prima Felisa la Chata, que era muy buena costurera. A pesar de ello y para mayor seguridad dejé la cartera encima de la mesa de la

**cocina, a mi madre le molestaba mucho y cada vez que la dejaba allí me llamaba a gritos, así si venía lo sabría y no me pillaría en plena faena.**

**Entré dando portazos para que me escuchasen hasta los ratones «¿Hay alguien en casa?» Como no contestó nadie, saqué de la cartera la bolsa con los utensilios de la mamandurria y los fregué en un barreño de agua clara en la cocina. Llené una botella de agua para lavarle los pezones, volví a ponerlos en la bolsa y encendí un farol para alumbrarme en la operación de la lactancia; a esas horas, en invierno, ya no había luz natural ni para ordeñar a una vaca, cuanto más a una cabra y con los pezones agrietados.**

**Salí de la cocina con el farol en una mano y en la otra la bolsa de plástico; cuando entré en la cuadra Juanito andaba dando vueltas alrededor de la madre, que comía en un montón de heno. Se vino a mí corriendo, como si supiese que su salvación la llevaba conmigo. Mientras Lucía continuaba comiendo empecé a ordeñarla a través del embudo y cuando tuve las dos botellas llenas repetí la operación del mediodía; me pareció que aún admitía más su estomaguillo y cogí de nuevo la teta de Lucía, le ordeñé media botella corrida más, que Juanito tragó con algo de dificultad al final. Le dejé al lado de su madre, que ya estaba tumbada, mientras le decía: «Hoy te has salvado, Juanito, mañana Dios dirá».**

**Como si acabase de cometer alguna falta grave, a hurtadillas salí de la cuadra con gran preocupación de que me descubriesen. Cuando volví a la cocina apagué el farol, cogí el bocadillo de pan con chocolate que me había dejado preparado mi madre y me fui a la plaza; no tenía sosiego para ponerme a estudiar, pero tampoco para jugar. Quería estar solo para pensar alguna solución que garantizase de momento la vida de Juanito.**

**Me pasé sentado en un banco de la plaza más de una hora, rechazando a mis amigos que venían una y otra vez a pedirme que jugase con ellos. Ya de noche me fui a casa descorazonado porque no había encontrado ninguna salida. Necesitaba alguien que colaborase conmigo, pero alguien**

en quien tuviese la suficiente confianza y ahí estaba el problema: A ninguno de mis amigos veía apto para facilitarme esa ayuda.

Antes de entrar en casa se me encendió una luz, la luz de confianza que más que en nadie tengo en mis padres y me dije: «Tienes que ser valiente, Jacinto, en cuanto entres suéltales a bocajarro tu plan, les dices que Juanito es tuyo y que es tu responsabilidad sacarlo adelante». Esa inyección de valor me levantó el ánimo.

Cuando entré en la cocina, mis padres estaban sentados a la lumbre, me fui derecho al palanganero, me lavé y me peiné, quedando listo para pasar revista, que es como mi madre quería verme antes de sentarme a la mesa. Me fui al lado de mi padre, que continuaba sentado contemplando las llamas de la chimenea y empecé a contarle que la cabra tenía agrietados los pezones y no dejaba mamar al cabritillo; le dije que me había agenciado de tío Urbano unas botellas de plástico y un embudo para alimentarlo. Mi padre se me quedó mirando fijamente con los ojillos brillantes, me puso la mano en la cabeza y me dijo: «Muy bien, hijo, estamos orgullosos de ti, eres un buen muchacho y mañana serás un hombre responsable. Entonces mi madre se levantó, se puso detrás de mi silla, me cogió por los hombros y me abrazó y besó como no recordaba que lo hubiese hecho nunca.

Yo estaba desconcertado, pero lo entendí todo cuando me contó que mi tía Tomasa, la cantinera, había estado con ella en la costura aquella tarde y le había dicho que mi tío Urbano se había quedado impresionado con la preocupación que observó en mí por salvar a Juanito; estaba dispuesto a hacer lo que fuese preciso para ayudarme a que se alimentara de la forma más conveniente. Mi madre se disculpó por haber sido tan brusca con sus expresiones y me dijo que no tenía intenciones de matarlo. En mi ausencia, mi padre había curado a Lucia, envolviéndole los pezones con unas gasas bien impregnadas de manteca de cerdo y sujetas con vendas finas. Ya en la

mesa, nos aseguró que a la mañana siguiente se verían las grietas más lacias y cerradas, que en cuatro o cinco días podría mamar él solo. «Mientras tanto, añadió, lo dejamos bajo tu custodia». No sé la cara que se me pondría porque no tenía un espejo delante, pero debió de reflejar una enorme satisfacción.

Hasta que Juanito tuvo dos años jugamos juntos por los prados y en casa no se separaba nunca de mí.

## II - ARTURO TIENE SU ESTRELLA

Desde muy temprana edad, Arturo, que heredó al nacer el apodo de *el Jaramago*, dormía casi todas las noches de verano en la era con su padre y le acompañaba desde bien de madrugada en las faenas de la recolección de la mies, o en los cultivos del tabaco y el algodón en las vegas. Se acostaban sobre montones de paja y algunas noches, cuando tardaba en dormirse, se le escapaban las horas contemplando las estrellas tumbado boca arriba, viéndolas correr de un lado a otro del cielo y a veces desaparecer tragadas por el horizonte.

De entre todas las que tenían mayor representación por la intensidad de su luz, la preferida para Arturo era la séptima estrella de la Osa Mayor o el Carro, la que hace la tercera y extrema de la pértiga, por ser la de mayor fortaleza, ya que en el extremo de la vigueta es donde se encastra el yugo, y en ese punto se produce la mayor resistencia y esfuerzo. La había bautizado con el nombre de Flora, porque así se llamaba la mujer más fuerte de su pueblo.

Arturo se comunicaba con Flora frecuentemente en las noches de verano, le contaba los avatares de su vida campesina, sobre todo cuánto le dolía que su padre le hubiese señalado desde muy pequeño obligaciones que le impedían relacionarse con sus amigos. Le encargaba trabajos propios de personas con más edad; pero así habían sido siempre los *Jaramagos*. Desde jóvenes eran altos, enjutos, lampiños y correosos, el apodo les venía que ni pintado; parecían tener por lo menos dos o tres años más de los que realmente tenían, ocurrió con su padre, anteriormente

con su abuelo y es posible que con su bisabuelo. Era una desgracia en aquellos tiempos nacer grandes y fuertes. En algunas familias les enseñaban a arar antes que a leer.

Tanta responsabilidad desde la infancia, le marcó de tal manera que su mayor preocupación era no defraudar a su padre, por eso le pedía a Flora que le diese fuerza y maña para hacer bien los trabajos que le encargaba. No tenía quejas de su estrella amiga y sentía verdadero amor y devoción hacia ella.

Un día de verano, al caer la tarde, su padre y él salieron para acarrear de madrugada la mies que tenían en unas tierras a orilla del río, bastante distantes del pueblo y en unas laderas tan escarpadas que daba miedo moverse por ellas. Con un simple resbalón podían perder el equilibrio y bajar rodando entre los peñascales hasta el fondo de un río tan profundo que no se veía. Solo se sentía el ruido del agua desde donde ellos acamparon.

Aquella noche sentía tal temor a quedarse dormido por si se despeñaba que no conseguía pegar los ojos. Dieron las doce y aún tenía los ojos como platos. Entre ronquido y ronquido, su padre no se movía ni un centímetro; del mismo lado en que se quedaba dormido se despertaba por la mañana. Pero Arturo, que se movía en sueños más que un renacuajo en un lodazal, no apartaba la vista de su estrella favorita, a la que entre dientes rogaba su protección si por el cansancio el sueño le vencía.

Debía de ser tan profundo el ruego de Arturo que Flora se conmovió y extendió una alfombra luminosa a modo de plataforma flotante delante de él. Al mismo tiempo, Arturo escuchó una voz espacial que le decía:

«Duerme tranquilo, que yo velaré tus sueños y cuidaré con mis alas de que no resbales». Al momento se quedó dormido hasta la mañana siguiente.

Cuando despertó ya había amanecido y, aunque estaba al borde del bancal, no había llegado a caer. Buscó en el cielo a Flora para agradecerle su protección, pero la aurora boreal la había eclipsado.

Empezó el día pletórico de facultades y de buen humor, como si hubiese dormido una eternidad de un tirón. Los trabajos que tenía por delante, aunque fatigosos, no le cansaron, su padre estaba sorprendido de que, a pesar de sus años -aún no había cumplido los quince-, tuviese más resistencia que él, un hombre hecho y derecho.

Pasó todo el día deseando abnegadamente que llegase la noche para comunicarse con su estrella protectora y agradecerle que le custodiase en su dormir. Estuvo como ausente de todo lo que le rodeaba y, cuando su padre le preguntaba algo, le contestaba con un *sí* o un *no* seco y sin añadir comentarios.

Después de cenar en su casa, cogió las mantas y se fue a la era solo; a su padre aquella noche le tocaba dormir con su madre, porque, si no lo hacía, su madre se enfadaba y pasaba dos o tres días de morros. Para Arturo era mejor así, ya que podría tener toda la noche para comunicarse con su amiga ahora que se le había soltado la lengua.

A pesar de que el día había sido fatigoso, como el descanso de la noche anterior había sido profundo, Arturo estaba en disposición de pasar aquella noche en vela, si fuese necesario, para conocer los secretos que Flora encerraba dentro de su luz mágica. Al parecer, aquellos deseos también eran los de su poderosa amiga, porque, antes de que el muchacho



terminase de desgranar los agradecimientos y afectos fervorosos que le dedicaba desde el fondo de sus sentimientos, se encendió delante de él un resplandor en forma de manta brillante y escuchó una voz astral que le decía: «Cierra los ojos y no los abras hasta que yo te lo diga y no te preocupes, que estarás bajo mi protección». Arturo se levantó del camastro de paja, metió a tientas los pies en las abarcas, se las abrochó y, cuando se incorporó, la manta luminosa lo envolvió de arriba abajo y se lo llevó velozmente, como si hubiese sido una estrella fugaz.

Unos minutos después, Flora le pidió que abriese los ojos y, por una especie de ventanita transparente abierta delante, pudo ver un paisaje aterrador, desértico y despoblado, como si nadie lo hubiese pisado nunca jamás. Entonces Flora le dijo: «Fíjate bien en ese paisaje y guárdalo en tu memoria; esa es la Luna y, hace millones de años, sobre ese suelo existieron vidas parecidas a las vuestras; con seres humanos, animales de todas las especies, ríos, lagos, mares, hermosos paisajes con vegetaciones exuberantes, montañas nevadas y ciudades. Pero las ambiciones desmesuradas, los odios y las injusticias, provocaron una hecatombe que exterminó hasta la más minúscula de las vidas que sobre esa tierra existían. Eso mismo puede ocurrir en tu planeta si el proceso de deterioro de las relaciones humanas y las diferencias continúan creciendo».

«Tú, como no has salido nunca del pueblo donde naciste, no sabes nada de las injusticias que se viven cada minuto entre las gentes de tu mundo, pero yo te digo que son muchas y muy grandes. La mayoría de tus paisanos terrícolas son engañados, vilipendiados y maltratados con frecuencia a lo largo y ancho de sus desvencijadas vidas por los poderosos,

con la intención de dominarlos y esclavizarlos para el enriquecimiento sin límite, a costa de que la prole cada día esté más huérfana de protección y pródiga de miseria. Desde aquí arriba, las estrellas lo vemos todo y estamos muy preocupadas del deterioro brutal que cada día sufre tu mundo».

Cuando el monólogo apocalíptico de Flora llegó a este punto, *Jaramago* chico, que ignorante de los preceptos y las enseñanzas religiosas -solo había pisado la iglesia por su voluntad cuando tomó la primera comunión, y eso movido más por el contagio de que aquella era una fiesta popular que por el conocimiento de lo que significaba el acto en sí-, solo sospechaba a su manera que alguien muy superior a él y a sus semejantes habría sido el artífice del mundo y de todas sus vidas; le preguntó: «¿Por qué el Creador del mundo no pone remedio a tantas injusticias, a tanta hambre, sufrimiento y muerte que tiene assolada a mi Tierra?». «Buena pregunta, Arturo, buena pregunta -le contestó Flora, que continuó diciéndole-: eso mismo le preguntamos con frecuencia al Creador todas las estrellas sin excepción y, ¿sabes lo que nos contesta?». Arturo se encogió de hombros y Flora contestó por él: «Cuando le preguntamos por temas tan delicados como este, nos contesta que esos problemas no son tales, que solo son simples banalidades, y no nos da más explicaciones. Dicho para que tú lo entiendas, el Creador siempre arará recto aunque los bueyes y el gañán estén borrachos».

Después de dar dos vueltas alrededor de la Luna observando los paisajes calcinados, la estrella le ordenó que volviese a cerrar los ojos y continuaron el camino a lo desconocido.

Dentro de aquella envoltura luminosa, Arturo no sentía ninguna influencia exterior, era como estar en el interior de una burbuja totalmente aislado de calores, fríos y vientos; tan solo escuchaba un ligero silbido por la velocidad a la que se movían, pero no le resultaba molesto. Tal era su estado de placentero bienestar que se quedó dormido profundamente. Cuando despertó, estaba tan descansado que se asustó al suponer que habría dormido una eternidad, pero Flora, siempre atenta a los pensamientos del viajero, le refutó que hubiera dormido mucho y le explicó que en el espacio la medida del tiempo es muy diferente a la de la Tierra. Al poco rato, le pidió que abriese los ojos para que comprobase la inmensidad de luz y color que se le ofrecía delante. Arturo enmudeció por la impresión que le produjo aquella maravilla y, cuando recobró la lucidez preguntó: «¿Dónde estamos?, ¿qué lugar es este con tanta vida?».

Flora le contó que en los tiempos de la creación del universo; el Dios de los cielos, de las tierras y de los mares sospechó que en algo se había equivocado al crear a los seres humanos, como Arturo y sus semejantes, y que terminarían por destruirse y destruir todo lo que tuviese vida, como ya había ocurrido en la Luna.

Entonces pensó que sería bueno repetir la experiencia del planeta Tierra con otro gemelo, situado en la misma órbita solar y justamente en la posición simétrica (por detrás) de la Tierra, para que no pudiesen descubrirse nunca el uno al otro. «Por esta razón continuó relatándole, a este planeta que estás viendo se le conoce como el Gemelo o como el Paraíso detrás del Sol. Sus ocupantes se han mantenido obedientes y

respetuosos a los mandamientos que el Creador les entregó y sus vidas son de absoluta paz y sosiego en cuerpo y alma».

Estuvo mucho tiempo sobrevolando el Gemelo, con sus mares azules, sus bosques inmensos, las manadas de animales pastando en las praderas, ciudades muy abiertas con sus casas de poca altura, la atmósfera transparente y las gentes apaciblemente disfrutando de la vida. Arturo estaba boquiabierto cuando Flora le dijo: «Vamos a detenernos para que puedas observar de cerca a las gentes de este Paraíso. El parecido físico con vosotros es total, pero estos, desde que nacen, disfrutan de la vida hasta que se les agotan sus fuerzas; en cambio, vosotros, desde que nacéis, camináis hacia la muerte».

En general se movían con calma, se paraban con todos los que se cruzaban en su camino, como si se conociesen, y sus vestimentas eran de colores claros y luminosos.

Al pasar por un valle profundo completamente rodeado de montañas muy altas en las que las nieves se mantenían todo el año, la envoltura voladora se detuvo y Flora le explicó a Arturo que aquel era uno de los muchos lugares de destierro repartidos por aquel planeta; en ellos confinaban a todos los que de una u otra manera habían roto la armonía ciudadana. Eran valles muy fértiles, pero salir de allí sin la ayuda de los equipos de control resultaba prácticamente imposible, solo el personal de relevo de los servicios de asistencia y seguridad podía entrar y salir cada día de aquellos valles.

Cuando sus moradores cumplían los días de reclusión impuestos por los consejos de ancianos de cada lugar, doce en total entre hombres y mujeres,

podían volver con sus familias y disfrutar de la vida en comunidad; pero si reincidían en un plazo inferior a tres años, el confinamiento en esos casos tendría una duración de cinco años como mínimo.

Continuó contándole que, en el Gemelo, las faltas en general solían ser leves comparadas con las que se producían en la Tierra. «Allí, en tantos millones de años, nunca se ha producido un asesinato; en cambio, en la Tierra, uno de los primeros pobladores mató a su hermano por envidia, y a partir de entonces matarse los unos a los otros se ha convertido en el principal de vuestros deportes. Tampoco suelen darse casos de robos importantes, a lo sumo alguna fruta o verdura de la huerta más próxima cuando no pueden desplazarse hasta el cercado que cada uno tiene asignado».

«La causa principal de las sentencias proviene de las infidelidades conyugales o de las situaciones de poligamia, pues allí solo se permite un número de dos mujeres por cada hombre o viceversa, y eso cuando existen situaciones de desequilibrio en el número de miembros de un género respecto al otro».

Flora interrumpió de repente las explicaciones porque se dio cuenta de que Arturo se estaba poniendo nervioso, pensaba que ya habría amanecido en la Tierra y su padre le estaría buscando. Entonces la estrella, siempre al corriente de los pensamientos del muchacho, le dijo: «No te preocupes, que aún tenemos tiempo de sobra para volver antes de que amanezca en la Tierra; cierra los ojos y duérmete, que emprendemos el regreso».

Cuando su padre le despertó, antes de que amaneciese aquella mañana, se sorprendió de tener las abarcas puestas y hebilladas y, aunque no tenía seguridad de si el episodio vivido aquella noche había sido un sueño o una realidad, le hizo pensar el hecho de que, en una hacina de cebada que había delante del montón de paja donde tenía el camastro, las gavillas más superficiales estuviesen un poco chamuscadas.

Desde aquella noche, se manifestaron en su interior algunos cambios que le mantuvieron conectado a su estrella durante los dos siguientes años por lo menos. Su fortaleza física había aumentado considerablemente, estaba orgulloso de ser un *Jaramago* y despertaba cada mañana con unos deseos de vivir que partían montañas. Cuando le conocí en el cuartel, pues hicimos juntos el servicio militar, era un tipo extraordinario; deseo que continúe confiando en su amiga Flora, para que le ayude, le proteja y le conceda larga vida.

### III - ¿DÓNDE ESTÁ VÍCTOR?

Víctor Tiarrega tenía nueve años y vivía con sus padres en Fontalegre, un pueblecito del interior de la provincia de Alicante. Hace ya cinco años que sus padres Alfredo y Paloma le llevaron a un colegio de frailes de la ciudad de Barriquer, distante unos tres o cuatro kilómetros de su pueblo. Aquel curso era ya el quinto desde que le matricularon por primera vez. Su padre había sido alumno de aquel colegio hasta que fue a la Universidad; estudió económicas y trabajaba en una empresa constructora. Su madre era maestra en la escuela de su pueblo.

Como parece ser el denominador común en estos tiempos, la atmósfera en la que Víctor vivía no estaba muy calmada. Las discusiones y los enfados se sucedían con demasiada frecuencia desde hacía un par de años. Víctor, hijo único, siempre estaba en medio de las miradas, los gestos y los silencios de uno y otro, y estaba cansado, sin confianza en que las cosas fuesen a cambiar a mejor; se veía como una maleta que trasladaban de un tren a otro hasta que tuviera la mayoría de edad. No le gustaba y además creía que no había razones claras que justificasen los vacíos sentimentales que atravesaban a menudo sus padres, cada día con más frecuencia y cada día de más duración. Víctor intentaba observar el panorama de su casa de una manera imparcial, a pesar de que tiraba un poco más hacia su madre.

Con ese alto grado de imparcialidad que le asistía, creía que las razones para que se produjesen las desavenencias eran el cansancio del ajeteo diario unido a la monotonía de la vida en su casa, principalmente, porque no les faltaba de nada. No es que les sobrase el dinero, pero tenían lo suficiente para todo lo que necesitasen.

En Víctor estaba empezando a despertar un carácter decidido, nada conservador. Desde pequeño había sido bastante rebelde y, a pesar de su edad, había tomado la determinación de ponerse manos a la obra para cambiar la apatía y la estabilidad monótona y aburrida de su familia. Tenía decidido –y así se lo había anunciado a sus padres– que cualquier día cogía la maleta y su mochila y se iba de casa. Lo tenía muy pensado y estaba convencido de que algún día lo haría. Lo veía fácil porque en la misma ciudad donde estaba su colegio vivían sus tíos Juana y Paco. Eran tíos un poco lejanos, pero con los que les unían muy buenas relaciones; además era un matrimonio sin hijos.

Casi siempre eran los viernes o los sábados cuando empezaba a enfriarse el ambiente. Víctor estaba convencido de que a sus padres les daba miedo pasar tantas horas juntos los fines de semana, como si no tuviesen nada de que hablar y de una manera inconsciente, iniciaban las discusiones con sordina. No había voces, pero casi mejor si las hubiera, porque quizás así durasen menos los periodos de silencio entre ellos.

Cada viernes cuando volvía a casa al mediodía –por la tarde no tenía clases–, se ponía nervioso solo de pensar lo que le podría esperar ese fin de semana. El niño –que, a pesar de estar muy desarrollado de cuerpo y de cabeza a sus nueve años y tres meses, aún era un niño– ya estaba cansado de vivir con esa incertidumbre y había decidido que, en la próxima desavenencia que hubiese entre sus padres, se iría de casa. Había pensado y madurado que, en tales circunstancias, que no tardarían mucho en producirse, al menor descuido cogería la puerta y saldría pitando. Así lo hizo un viernes 13 de octubre a la caída de la tarde. Aprovechando que sus padres habían salido cada uno por su lado, cogió la maleta en una mano, una bolsa con un anorak dentro en la otra y



la mochila a la espalda. Salió de su casa sigilosamente para que nadie le viese, camino de la estación de ferrocarril.

Como llevaba bastante tiempo preparando ese momento, había ahorrado cincuenta y tantos euros. Los cincuenta que tenía entre billetes de veinte y diez los metió en la mochila y con la calderilla, tres o cuatro euros más, sacó el billete del tren hasta la siguiente parada, que es la ciudad donde vivían sus tíos los panaderos.

Llegó a las ocho y cuarto de la tarde y, aunque había bastante distancia desde la estación hasta el horno, todo el recorrido lo hizo a pié, cambiándose los bultos de mano de vez en cuando. Cuando llegó a la puerta, vio a través del escaparate de la tienda que había bastantes señoras esperando ser atendidas y no se atrevió a entrar. Pensó en quedarse fuera hasta que se vaciase, pero estaba impaciente y se sentía mal; la gente que pasaba le miraba y se veía como un mendigo; además, tenía miedo de que alguno de los compañeros del colegio pasase por allí y le viese. Cuando aún quedaban dentro dos señoras, no pudo más y pasó sin hacer ruido, su tía en aquel momento había entrado en el horno para buscar un encargo de la señora a la que atendía. Se fue a un rincón, dejó la maleta en el suelo, la bolsa y la mochila en una silla y se sentó en la otra de al lado. Su tía salió embelesada con sus cosas y no le vio. Allí estuvo de incógnito hasta que salió la última que quedaba; Juana la acompañó a la puerta desde detrás del mostrador y puso el cartel de cerrado.

Cuando lo vio como un alma en pena, exclamó: «Víctor, cariño, ¿qué te ha pasado?». Víctor, sin levantar la vista del suelo, le dijo. «Que me he ido de casa, tía». Al escuchar la fuerte exclamación de su mujer, Paco salió con el delantal puesto, en camiseta y con el gorro calado hasta las orejas. «Pero bueno, ¿que te

ha pasado?», –le preguntó su tío–. Como una persona mayor, les contó su decisión y les pidió que le tuviesen escondido unos días para darle a sus padres un escarmiento, aunque sabía que les iba a hacer sufrir. «Tengo que lograr que comprendan que no son ellos dos solos, estoy yo también y no soy un objeto más de la casa», –dijo el muchacho con genio–. A sus tíos les pareció muy bien y Juana añadió. «Tenemos que darles una lección a esos padres gansos que tienes. –Y añadió–: hambre, hambre y fatigas es lo que les hace falta pasar a todos esos...» No sé con qué palabra quería definirlos, pero no se atrevió a pronunciarla delante del niño y se la dejó dentro, debía de ser bastante fuerte.

Mientras Juana sermoneaba a los ausentes, Paco se quitó el gorro y se secó el sudor de la cabeza medio calva que le brotaba a borbotones, más que por el calor, por la decisión de su mujer de apoyar a Víctor en su plan. Eso los convertía de manera automática, cuando menos, en cómplices del ocultamiento, y esas cosas a Paco le ponían muy nervioso. Pero, como de costumbre, aceptó lo que había dispuesto su mujer, que era mucho más valiente y decidida que él. Y, cogiendo la maleta y la bolsa, le dijo al niño: «Vamos dentro».

En la tahona tienen un cuarto con una cama de níquel, un armario, una mesita de noche y dos sillas; al lado había un cuarto de aseo con ducha. Cuando Víctor vio aquel habitáculo, exclamó. «¡Tío, este es un zulo ideal para pasar tres o cuatro días!; más no, que no quiero que mis padres sufran demasiado, yo creo que esta va a ser una lección que no van a olvidar por muchos años que vivan».

Sonó la campanilla de la puerta, lo que indicaba que alguien llamaba, y Juana salió corriendo hacia la tienda. Víctor puso la maleta encima de la cama y empezó a sacar sus ropas y a colocarlas en el armario. Cuando ya lo tenía todo

ordenado, salió, entornando antes la puerta con mucho sigilo, por si había entrado algún extraño.

Buscó con la vista alguna mesa pequeña que le sirviese para hacer sus deberes y, en un rincón, tropezó con una de esas de cocina que se pliegan por la mitad; habían dejado encima unos cuantos cachivaches y unas bolsas con harina. Como le pareció que le podría venir muy bien, le preguntó a su tío si podía cogerla para estudiar. Le contestó con un sí rotundo y añadió. «Ahora, cuando termine de meter estas bandejas en el horno, te la limpio».

Víctor no esperó y empezó a desalojar lo que había encima, lo fue poniendo todo sobre uno de los bancos de trabajo que estaba medio vacío. Limpió la mesa con una bayeta humedecida que encontró en una pila y la secó con un paño. Paco observaba con el rabillo del ojo el cuidado que Víctor ponía en preparar su mesa de estudio y, con satisfacción, dijo entre dientes: «Que gran muchacho es este Víctor».

El solo metió la mesa en su cuarto y vació la mochila que la traía a reventar de libros, cuadernos y un plumier de hojalata con varias pegatinas en la tapa. Una vez que tuvo todo en orden y a su gusto, salió a ofrecerle ayuda a su tío y, arremangándose los puños del jersey y de la camisa, le preguntó: «Tío, ¿en que puedo ayudarte?». Paco comprendió que en aquel momento el muchacho no podría concentrarse en ningún tipo de estudio y aunque se las podía arreglar solo y de hecho así era siempre, le dijo para complacerle: «Pues mira, sí que me vienes bien, vete cortando la masa de esa bandeja con este molde de las pastitas en forma de corazón mientras yo corto esta otra bandeja; así el horno estará menos tiempo desocupado y no se enfriará tanto». Ese era el mayor abrazo de

felicidad que podían darle a Víctor, hacerle sentir útil; además de confirmarle que no se había equivocado llamando a aquella puerta.

Cuando Juana terminó de ordenar las estanterías de la tienda, se fue a casa a preparar la cena. Paco salió casi una hora más tarde. Todas las noches dejaban las luces apagadas, pero aquella noche y las siguientes, mientras Víctor estuviese allí, dejarían encendidas las luces de emergencia de la tienda y dos pantallas fluorescentes en la tahona.

El lunes siguiente, día 16 de octubre, era la fiesta mayor del pueblo (el día de la Patrona) y, en esas fechas, los panaderos y los pasteleros tenían mucho trabajo; por esa razón a nadie le iba a extrañar ver a Paco, incluso a Juana, deambulando de casa a la tahona y de la tahona a casa a cualquier hora de la noche.

Aquellas tres noches que duró la escapada, Paco durmió más horas en la tahona que en su casa. Puso en orden una cama vieja que tenía orillada en un rincón y, con un jergón de lana que llevaría allí enrollado Dios sabe cuántos años, preparó el camastro para dejarse caer cuando el sueño le apretase. En su casa dormía tres o cuatro horas después de cenar, justo hasta que se le pasaba el sopor de la cena; aquellos días, en vez de levantarse a las cinco de la mañana como era lo habitual, a las tres o antes ya estaba en pie. Y es que no dormían tranquilos sabiendo que Víctor estaba solo en la tahona.

Con la excusa del exceso de trabajo, para cumplir con los encargos por la fiesta de la Patrona, casi todas las comidas y las cenas las hicieron en la panadería. Juana traía las viandas recién hechas en una cesta de mimbre de escusabaraja con dos tapas y un asa en el medio.

La primera noche, como era de esperar, Víctor durmió mal; tuvo muchas pesadillas, soñó que le perseguían todos los bichos vivientes: primero fueron perros rabiosos, luego un toro y, para terminar, unos bandidos que querían sacarle la sangre.

Cuando se despertó por la mañana, salió del cuarto restregándose los ojos y con los pelos muy alborotados. Se fue hacia su tío –que llevaba ya más de cuatro horas de faena- para contarle la mala noche que había pasado y las persecuciones que había sufrido. Le preguntó qué significado tendrían esas pesadillas. Paco simplemente le dijo: «Yo creo que son debidas a que, en tu interior más profundo, tienes el pesar de no estar haciendo bien»: «¿Y tu que piensas tío?, –le preguntó con la candidez propia de un muchacho de nueve años–, ¿tú crees que debería abandonar?». Paco apoyó las dos manos sobre la mesa y, mirándole fijamente, reflexionó unos instantes antes de decirle: «Mira, Víctor, si has tenido la valentía de llegar hasta aquí y quieres que tu sacrificio sirva para algo, creo que hasta el lunes –que es el día de la fiesta– por la noche, no deberías aparecer. No perderás ningún día de colegio, y habrás puesto tu granito de arena para que los idiotas de tus padres no sean tan egoístas; para que se den cuenta de que un hijo no es uno de esos trastos en los que se tropieza con frecuencia, vaya, un trasto que cuando te estorba lo das una patada y lo cambias de lugar, ¡no señor!, ¡de eso nada!. Un hijo, hasta que pueda valerse solo, debe ser lo más importante en la vida de los padres, muy por encima de discusiones caprichosas. ¡Vamos, hombre!, que por un quítame allá esas pajas salten chispas que tuesten las tiernas ramas del árbol de la vida de un niño; es para hacerles esto y más, ¡cabezotas del demonio!».

Paco estaba tan acalorado y fuera de sí, que Víctor llegó a decirle: «¡Tío, que son mis padres!». «Ya lo sé, Víctor, ya lo sé, pero es que estas situaciones y tantas otras aun de peor factura que saltan a cada instante por acá y por allá me enfurecen». Después de unos segundos recapacitando y antes de continuar con el tajo, dijo: «Precisamente ahora que todo el mundo tiene cubiertas las necesidades principales, ahora que estamos sobrados de casi todo, tratan a los hijos como monedas de cambio. Antes, cuando pasábamos más hambre que los conejos con mixomatosis, éramos aceptados por los padres aunque fuésemos una piara de hermanos como en mi caso, que fuimos seis. ¡Que discutían los padres!, pues claro que discutían y hasta se arreaban algún cachete con la mano hueca; pero ahora, ahora se arrean con los puños y, al primer roce, ya se la están jurando y pensando en la separación».

El sábado, a eso de las diez de la mañana llamaron por teléfono; era Alfredo, el padre de Víctor. Habló con Juana, que era su prima directa –sus abuelos eran hermanos–, para darle la angustiada noticia. Con voz trémula le contó lo que ya sabía, sólo añadió que no les había dejado ni una simple nota y que el viernes, ya anochecido, le habían visto en la estación de Fontalegre coger un tren, pero nadie supo decir hacia dónde. Continuó contándole que había llamado al colegio por si alguien le había visto y añadió que desde el momento en que cogió el tren –como si se lo hubiese tragado la tierra–, nadie le había vuelto a ver.

Cuando se lamentó de haber tenido muchas discusiones con Paloma delante de Víctor, fue como si le diese la entrada de la actuación que Juana estaba deseando interpretar. En la primera pausa de Alfredo, entró decididamente a hacer sangre y sin piedad les dijo: «No os merecís lo que Dios os ha dado. ¡Debe de ser muy divertido estar continuamente jugando a espadachines!, pero esta

vez os habéis herido en las entrañas y hablo también para ti, Paloma, que, como es nuestra costumbre, estarás cogida al otro auricular, pues tú y mi primo y mi primo y tú sois los culpables a partes iguales de que esa criaturita ande ahora sabe Dios por donde».

Los cuatro alternaban las conversaciones telefónicas a la limón y Paloma, que efectivamente estaba al otro lado de la línea hecha un flan, sólo pudo acertar a decir: «Tienes razón, prima». Y se puso a llorar a lágrima viva. Juana, que no tenía muchos deseos de continuar hablando con ellos, terminó diciendo: «Si nos enteramos de algo os lo haremos saber, no os preocupéis demasiado, que Víctor es un buen muchacho y aparecerá en cuanto se canse de andar de allá para acá; pero si a la primera de cambio volvéis a la carga, algún día desaparecerá de verdad y no le volveréis a ver el pelo». Paloma le prometió que nunca volverían a discutir delante de él y se despidieron muy angustiados.

Víctor pasó los tres días entre la mesa de su cuarto y haciendo de ayudante de amasador y hornero. Aprendió muchas cosas del oficio de pastelero y su tío estaba encantado con la compañía del muchacho, además, era muy limpio y ordenado, cualidades fundamentales en ese oficio. Si antes de esos acontecimientos era especial el cariño que sus tíos le tenían, a partir de entonces sería para ellos más que un sobrino.

Desde que Paco supo de la conversación telefónica de Juana con Alfredo y Paloma, no dejó de pensar en la manera de terminar con aquella situación sin levantar sospechas.

Después de barajar varias alternativas, le pareció que la más acertada era la de trasladarse los tres el lunes al medio-día hasta la casita que tenían en la montaña, donde Víctor había pasado en varias ocasiones unos días, cuando sus

padres salían de viaje. Sabía hasta el lugar donde sus tíos guardaban la llave de la puerta: dentro de una bolsa de plástico en el hueco que tenía el tronco de un nogal.

En aquella época, en el huerto había bastante fruta: nueces, naranjas, mandarinas y kekis, además de reserva suficiente en la despensa para pasar diez o doce días sin necesidad de salir de la finca.

Paco no quiso contarle su plan a Víctor hasta el mismo lunes por la mañana después de desayunar, tenía el temor de que, si lo sabía antes, le alteraría el sueño.

Aquella mañana del lunes, se despertó bastante temprano, quizás los ruidos que estaba haciendo su tío al limpiar los hornos le habían molestado, aunque más bien debieron de ser las inquietudes que le invadían por no saber cómo terminar con aquella escapada y por el miedo a cómo reaccionarían sus padres cuando apareciese.

Después de desayunar, Paco le explicó el plan paso a paso y a Víctor le pareció tan bien engarzado todo que se le alegró la cara y en sus ojos tiernos se le iluminó una tibia sonrisa acompañada de dos lagrimillas que por primera vez se vieron resbalar por sus mejillas.

Como era día de fiesta y la gente había trasnochado, las calles estaban casi vacías. Paco metió el coche en la tahona, cerro el portón de la calle, y, cuando Juana había colocado la cesta con la comida en el maletero y estaban a punto de salir, encajaron a Víctor entre los asientos de atrás y lo taparon con una manta. Salieron despacio, sin levantar sospechas en los pocos vecinos con los que se cruzaron.



Al llegar a la casita de la montaña, como en aquel pueblo no era fiesta, cada uno estaba en sus faenas y casi no se encontraron gente por la calle. Paco metió el coche en la cochera y le dijo a Víctor: «Ya no hay moros en la costa». Entonces se destapó la cabeza, que hasta aquel momento había mantenido obedientemente tapada y sudando la gota gorda.

Una vez salvados todos los obstáculos, a Paco no le disgustaba la idea de alargar lo más posible aquella situación y le pidió a Víctor que se diese una vuelta por la montaña con Gruñón, el perro de la casa, al que conocía muy bien. La idea le encantó: porque después de tres días sin ver la luz del sol y sin correr, lo estaba deseando. Salió como una centella monte arriba seguido de cerca por el perro, que no dejaba de ladrar de alegría; y es que él también llevaba una semana atado a la cadena, que le limitaba sus movimientos a diez o doce metros detrás de la cancela.

En cuanto Víctor y el perro salieron de la casa, Paco cogió el teléfono y llamó a Alfredo. Descolgó el aparato Paloma y, casi sin llegar a saludarla para que resultase más convincente, le trasmitió la sorpresa encontrada al llegar a la casita de la montaña. «Oye, Paloma, acabamos de llegar a La Pedrera –así llamaban a la finca– y aquí ha estado Víctor, están sus cosas en el cuarto de abajo y el perro no está. Es muy probable que ande con él por el monte, tranquilizaos y esperar a que os llame cuando lo encontremos». Colgó el teléfono y salió al porche.

Juana, repanchigada en una mecedora, le esperaba tomando el sol. Sin que se le moviese un solo pelo, le preguntó si estaba todo en orden. Paco, con voz entre burlona y complaciente, contestó: «Todo en orden», y se dejó caer en otra mecedora a su lado. Al cabo de unos minutos, le dijo: «Estoy pensando que,

cuando vuelva Víctor, los llamamos y les decimos que esta tarde se lo llevamos, así podremos comer tranquilos y volveremos con tiempo a la procesión de la Mare de Deu».

Volvió Víctor a su casa y fue feliz el momento para padres y familia. Se extendió de puerta en puerta aquella magna noticia y celebraron su vuelta, durmiendo con la esperanza de que aunara el escarmiento.

Si ponemos los guijarros como cuentas de un rosario, cada poco nos caeremos por causa del trompición, y como si eso nos diera mas placer que desazón, a la mañana siguiente repetimos el calvario.

Y así un día y otro día, un año tras otro pasa poniendo en la calle a niños que por no escuchar los dichos, los silencios, los enfados, prefieren irse de casa.

O les cambian el hotel cada periodo ajustado, para que los padres vivan libremente sus caprichos, como si los hijos fueran un alquiler acordado.

#### IV - CUANDO VUELVAN LAS GOLONDRINAS

Quién no ha tenido alguna vez un sueño fantástico, fruto de los subconscientes deseos de ver realizados algunos episodios que trasciendan a las posibilidades reales y tangibles del momento en el que se producen. Al menos una vez en la vida, casi todo el mundo ha vivido en sueños alguna experiencia fantástica como la de convertirse en pez, o en pájaro, o en héroe, o en ángel custodio, o en verdugo, o en alguno de los personajes universales de las historias o de las leyendas. Uno de estos casos me dispongo a narrarles, tan ajustado a lo que me contó hace muchos años el individuo soñador como mis deterioradas neuronas me permitan. A finales de los años cincuenta o principio de los sesenta, Clemente Rivera era un niño de catorce o quince años, vivía con sus abuelos en Alcántara, una ciudad con reminiscencias romanas en la provincia de Cáceres, muy cerca de la frontera con Portugal y a la orilla del río Tajo. Sus padres habían emigrado a Alemania para cambiar la vida de penurias y hambre que con resignación soportaron desde antes de aprender a andar, por otra más digna. Gracias a los peces y las anguilas que el generoso río les dejaba cada noche en los trasmallos, habían podido capear el temporal de mala manera. Clemente, desde muy pequeño, tuvo sueños aventureros, influido posiblemente por su abuelo paterno, el pescador con el que vivía, que de joven emigró a hacer las Américas. Estuvo en Venezuela durante unos cuantos años y volvió con una de esas enfermedades tropicales y los bolsillos vacíos. Se curó con una dieta sana a base de carpas, barbos y anguilas, adobados en aceite de oliva, vinagre, cortezas de limón y hojas de laurel. Pero le quedó la nostalgia de aquel viaje fracasado y la imagen permanente en las retinas del alma del enorme

charco que le deleitó a la ida, porque a la vuelta... a la vuelta pasó casi todo el tiempo tumbado en un camastro inundo, sudando y delirando por las fiebres. Se salvó de milagro.

Desde muy pequeño, muchas veces el abuelo Rogelio le contó a Clemente las peripecias de los temporales que soportó en la travesía y cómo las noches de luna llena y clara se tumbaba en la cubierta del barco envuelto en una manta. Se pasaba las horas tendido boca arriba, contemplando como caían las estrellas una tras otra hasta que se quedaba dormido, arrullado por la sinfonía del tran tran de los motores del barco y los zarpazos de las olas chocando contra el casco.

Clemente aprendió de su abuelo a amar la soledad y la majestuosidad del océano sin haberlo visto, y deseaba fervientemente hacerse mayor para poder desplazarse hasta Lisboa. En varias ocasiones, tuvo la tentación de subirse al barquichuelo de su abuelo y, a golpe de remos, llegar hasta la desembocadura del río, pero aún no se sentía con fuerzas suficientes para hacerlo él solo.

Cada primavera, Clemente tenía una distracción especial con la llegada de las golondrinas: aunque le despertaban muy temprano con sus charloteos, se divertía viendo cómo afanosamente construían sus nidos con barro y pasto. De alguna manera les tenía envidia por las travesías que al inicio de la primavera y al final del verano hacían cada año.

Entre todas ellas, Clemente sentía una atracción muy especial hacia la que anidaba en el alero encima de su ventana. La había bautizado con el nombre de Jovita y era inconfundible, llevaba un mechón de color blanco sobre el ala derecha que cada año tenía más grande, como si fuesen canas que le aumentasen con la vejez.

Siempre que sus obligaciones de anidar se lo permitían, se sentaba en la albardilla de la ventana de Clemente y se dejaba acariciar por él. «Qué envidia me das Jovita -la susurraba con frecuencia-, tú sí que has visto mundo; aunque desde la altura a la que voláis, no distinguiréis bien cada cosa, ¿verdad?».

Mientras estaba incubando, colgaba al lado del nido una raspa de pez y, como las moscas, los mosquitos y las avispas revoloteaban a su alrededor, no tenía más que alargar el cuello y cazar a placer. Con ese invento, Clemente le había puesto la despensa al alcance del pico.

Cuando salía del nido y se posaba en la ventana, ponía en la palma de su mano moscas, mosquitos y otros insectos para su dieta diaria, que ella devoraba sin reparo; de esa manera, al no perder tiempo en las cacerías, pasaba más horas dentro del nido y salían antes los polluelos. Lo que quería Clemente, era tener el mayor tiempo posible para pasarlo juntos. Una vez había cumplido con sus obligaciones de madre, se le posaba encima de su hombro y la llevaba con él a todas partes.

Dado que sus relaciones eran tan estrechas, frecuentemente soñaba con ella. Al final del verano, cuando empezó a entrarle la congoja porque se acercaba la fecha de la emigración hacia el sur, en uno de esos sueños Clemente le preguntó a su amiga en qué lugar pasaban los inviernos. Ella le miró con sus ojillos enrojecidos y, sin abrir el pico, con unos sonidos casi misteriosos, le contestó: «En la casa de los balcones» «Y... ¿dónde está esa casa?», le preguntó Clemente confiado en que le continuaría contestando. Cuando Jovita recuperó el aliento, le contó con pelos y señales sus andanzas y las de su familia por aquellas tierras lejanas.

Ella invernaba desde hacía bastantes años en la referida casa de los balcones, en la ciudad de La Orotava, enclavada en un valle precioso cuajado de plataneras y pinos, en la cara norte de la isla de Tenerife. Tres hijas se desplazaban un poco más lejos, hasta la isla de La Palma, exactamente hasta la ciudad de Los Llanos de Aridane. Anidaban en el corral de un sastre.

Jovita le dijo que no cambiaría su casa por nada del mundo, desde su nido podía ver, arriba, la nieve en un monte muy alto llamado Teide y, abajo, abajo una alfombra enorme de color azulón que se extiende hasta el horizonte y llaman el océano Atlántico, un mar muy grande. Cuando el mar se ponía bravo, continuó contándole, la espuma de las olas al romper sobre las rocas volcánicas formaba montañas blancas que se asemejaban también a la nieve; así es que en, esos momentos, parecía que estuviese rodeada de montañas nevadas por todas partes, unas reales y otras imaginarias.

Según le iba relatando los encantos de la isla, iba creciendo en el rostro de Clemente un aspecto luctuoso, por la envidia que rezumaba cada poro de su piel. Jovita se dio cuenta y se entristeció su mirada, resguardó la cabeza bajo un ala y así estuvo un rato largo. Mientras, Clemente le preguntaba por la ruta que seguían para llegar hasta allí, pero Jovita continuaba con la cabeza escondida. Cuando al fin descubrió sus ojos humedecidos, le preguntó sin mirarle: «¿Tú quieres venirte conmigo?». Clemente se echó a reír como nunca antes lo había hecho y, cuando se le pasó el efecto sorpresa de la idea de volar sin alas, aún con los ojos llorosos por los minutos de risa descontrolada, le preguntó a su amiga con total escepticismo: «¿Cómo se supone que voy a volar?, ¿me vas a poner unas alas invisibles o... me vas a subir en las tuyas?».

---

Jovita no se atrevía a confesarle el plan que había urdido, porque nunca lo había llevado a la práctica, pero sus ancestros más antiguos, los que sacaron con sus picos las espinas de la cabeza de Jesucristo, le habían garantizado que podía realizarlo sin miedo. Además, los poderes del más allá le confirmaron que el muchacho gozaba de buenos créditos ante la Divina Providencia y le habían otorgado el privilegio de convertirse mientras durase el trayecto en una hormiga, ¡una hormiga! que se alojaría entre las plumas de la cola ahorquillada de Jovita. Desde ese balcón celestial, podría escrutar las panorámicas de los lugares por donde pasasen, y hasta donde su vista alcanzase.

Aquel sueño estaba llegando demasiado lejos, Clemente parecía estar muy inquieto y no paraba de dar vueltas en la cama ni de sudar; continuamente se preguntaba: «Pero ¿cómo va a conseguir una golondrina transformar a un muchacho en una hormiga?», aunque la duda que más le angustiaba era la de cómo volvería a ser él. Ahí estaba su principal preocupación, la de quedarse para siempre como una hormiga a merced de ser aplastada por cualquier zapato, o devorada por una lagartija.

A fuerza de soñar con ello, le picó la curiosidad y se decidió a experimentar el proceso con el repertorio que Jovita le había explicado. Pero fue precavido: debía de tener hambre en aquel momento, porque se fue hasta un talego de cebada que su abuelo tenía para el pienso de las gallinas y, allí al lado, recitó las palabras mágicas: «¡Aliviadoras de Cristo!, convertidme en hormiguita para volar con Jovita». Esperó unos minutos con la mano dentro del saquete de cebada para, por si se convertía, que cayese entre los granos, así al menos por unos días tendría la comida asegurada; pero el

procedimiento debía de tener algún fallo, porque no pasaba nada. A pesar de no conseguir transformarse por sus propios medios, en su sueño se veía volando agarrado a las plumas de la cola de Jovita, sufriendo frecuentes sobresaltos porque se caía en medio del enorme mar sin una mísera hoja donde sujetarse para mantenerse a flote.

Cuando despuntó el día, Jovita se posó en la albardilla de su ventana y le llamó picoteando en el cristal: quería hacer la prueba porque al día siguiente, muy de madrugada, tenían previsto partir rumbo a las islas Canarias. Insistió con su llamada al ver que Clemente no se despertaba; al final fue tan fuerte el ruido sobre el cristal que se tiró de la cama y abrió la ventana. La reprendió por hacer tanto ruido, tenía miedo de que pudiera despertar a sus abuelos, pero Jovita se justificó diciéndole: «Tenemos que hacer las pruebas hoy sin falta, mañana antes de que salga el sol hemos de partir». Le pidió que pusiese la mano derecha sobre su cabeza y la izquierda sobre su cola y así, en esa postura, sin moverse, pronunciase las palabras mágicas de transfiguración que sus ancestros le habían enseñado. Cuando iba por la mitad de la frase, le entró un miedo pavoroso al recordar que desconocía las palabras para deshacer aquella especie de evocación divina y recuperar su estado actual.

Entonces Jovita, que le adivinaba los pensamientos, le dijo: «No te preocupes, porque las palabras para devolverte tu aspecto de niño las tengo que decir yo desde las profundidades de mi espíritu». Clemente no se quedó conforme con la explicación y le pidió que le enseñase cuál era esa frase, solo por si en el momento clave sufría un ataque de amnesia. Jovita no estaba muy dispuesta a ello, pero le vio tan preocupado que al final encorvó su cuerpecillo y le dijo: «Vale, te la enseñaré por si yo me olvido»; se lo pensó unos segundos, y



enseguida, con mucha solemnidad, pronunció las palabras mágicas: «Poderes del firmamento, apéenme este mostrenco». «Es muy fácil, ¿verdad?», le susurró Jovita, a lo que Clemente asintió con la cabeza, porque la boca la tenía cerrada y los dientes castañeteando de miedo.

Después de esperar unos minutos para que el muchacho, que mantenía la cabeza agachada, se tranquilizase, Jovita le levantó la barbilla con el pico y le preguntó: «¿Estás dispuesto?», a lo que Clemente respondió con la cabeza en un simple movimiento afirmativo. Puso sus manos sobre los puntos que Jovita le había indicado y los dos, a la par con profundo respeto, pronunciaron el oráculo de la transfiguración recitándolo con voz trémula y pausada: «Aliviadoras de Cristo, convertidme en hormiguita para volar con Jovita».

En el preciso momento de terminar la frase, se produjo una llamarada de luz celestial envuelta en una nubecilla de humo blanco que hizo toser a Jovita y Clemente desapareció como tal. Sin sentir todavía su presencia sobre la cola, le preguntó si estaba bien. Tardó unos segundos en contestar, por lo que ella empezó a inquietarse y a buscarlo picoteándose entre las plumas. Al final, la hormiguita sintió el cosquilleo del pico y despertó del éxtasis en que se hallaba sumida; antes de que diera señales de su presencia, Jovita volvió a preguntarle si estaba bien un poco más alto y más fuerte, entonces Clemente le contestó con la voz de siempre: «Sí, estoy bien, pero tengo una sensación extraña, como cuando la camiseta o los zapatos me están pequeños y me aprietan».

Jovita levantó el vuelo y dio unas vueltas por la plaza, para que Clemente se fuese habituando al vértigo. Pasó por encima del campanario de una iglesia y a punto estuvo una cigüeña de atraparla con su enorme pico; luego, para

hacer pruebas de altura, se elevó tanto que el río se veía como el surco de un campo labrado.

Poco a poco, Clemente se iba habituando a las alturas y a las ráfagas de viento, y se encontraba feliz sobre la cama de plumas, pero, temiendo que sus abuelos se despertaran y no le encontrasen, le pidió a Jovita que regresara y le dejase en su cuarto.

Se posó muy suavemente sobre la parte interior de la albardilla con la cola dentro del cuarto y, después de preguntarle si estaba preparado para recuperar su estado natural, a lo que contestó con un sí entre dientes, pronunció las palabras mágicas que deshacían aquella especie de hechizo bienintencionado. Envuelto en un fognazo similar al anterior, cayó Clemente de pie, con los brazos apoyados en el marco de madera de la ventana.

Los primeros minutos los pasó un poco aturdido, pero enseguida se repuso y le dijo a Jovita que estaba preparado para iniciar al día siguiente la larga travesía.

Aquel último día que iba a pasar con sus abuelos solo se despegó de ellos el rato que bajó al río a recoger los peces atrapados en los trasmallos y a bañarse. Se sentía muy triste por tener que dejarlos solos, pero la ilusión por conocer mundo superaba a la tristeza.

Como los abuelos no tenían conocimiento de su marcha, no le pudieron preparar nada especial en la comida, aunque tampoco hubiesen podido hacerlo: los recursos no daban para otra cosa que el habitual puchero de la tierra, con la sopa de pan duro que el abuelo se encargaba de picar, unos cuantos garbanzos para dar sabor bailando en la balsa de caldo y la chicha, como ellos llamaban al cachillo de morcilla, al trozo de tocino (ya a esas

alturas algo rancio) y algún hueso que la carnicera del pueblo le solía regalar a la abuelilla Florentina. Aquella comida la saboreó Clemente de una manera muy especial porque no volvería a sentarse a la mesa con sus abuelos hasta después de seis o siete meses, y eso si todo salía bien.

La cena, casi siempre era la misma: un mendrugo de pan con un trozo o dos de pez o anguila en adobo que guardaban en tinajas y en pucheros de barro; gracias al río sobrevivieron muchas familias en aquellos años difíciles. Esto es una apostilla que ¡yo el narrador!, como buen conocedor de aquellas tierras y de sus gentes, me atrevo a meter de manera inocua, como el que abre un tronco de árbol con una cuña de la misma madera.

Quizá por las fechas que eran, estarían bien surtidos de tomates, pimientos, cebollas, pepinos, higos, sandías y melones de las huertas en tierras de nadie, sisadas al río con su consentimiento; seguramente, en aquella última cena imaginaria de Clemente, se acompañaría con un buen plato de rinrán y después una raja de melón o de sandía, porque hasta para el postre, daba de sí la despensa en algunas contadas fechas.

Cuando se fue a la cama aquella noche, y después de despedirse de sus abuelos con abrazos y besos que los dejaron patidifusos, subió las escaleras de la troje pensando que aquella era la peor época del año para dejar la casa, por la abundancia de comida de la huerta, que no otra; pero no podía elegir, porque el medio de transporte era el que mandaba. Tardó mucho en dormirse y, como la noche anterior, lo hizo a golpe de sobresaltos y con la respiración anhelosa.

La llamada de Jovita a golpe de picotazos en el cristal de la ventana le sorprendió dormido; el día aún no había podido romper el manto de la noche

y el muchacho estaba fatigado por los sueños tan atormentados que había padecido. Pero al tercer picotazo se tiró de la cama asustado, se lavó los ojos en la jofaina de porcelana desportillada por los años y, cuando tenía el peine en la mano para hacerse la raya en el pelo, se paró en seco y, mirándose en el espejo, dijo: «Para qué».

Colocó encima de la cama la nota de despedida que había escrito a sus abuelos la noche anterior y, cuando se dirigía hacia la ventana, se giró con la intención de despedirse de las cosas que le habían acompañado desde siempre en su cuarto. Al ver la hoja de papel, no pudo resistir la tentación de leerla en alto, quizás con la intención de hacer partícipe a Jovita de lo que en ella decía:

«Queridos abuelos:

Os quiero mucho, habéis sido como unos padres buenos para mí, pero mis ansias de aventura y la oportunidad que se me ha presentado han sido más fuertes que la pena que me produce el abandonaros, que ya es grande. No me busquéis ni pidáis a nadie que me busque, porque donde voy nadie reparará en mi existencia; seré como un insecto más de la fauna del lugar y volveré si Dios así lo quiere, cuando vuelvan las golondrinas. Que San Pedro os dé mucha salud y fuerzas para sobrellevar mi ausencia y los vientos que me transporten sean suaves y cálidos».

Al terminar, Jovita, que le estaba escuchando con atención, aplaudió con las alas y le espetó un *bien*, largo y sonoro.

La operación de transformación y despegue se realizó con total normalidad, lo mismo que el día anterior. Jovita, que aquella mañana estaba muy parlanchina, le dijo que había hecho algunos cambios sobre la ruta habitual para que resultase más divertida. Por ser ella una de las de mayor edad, iría siempre en medio de la formación en uve; las columnas de

choque con los individuos más jóvenes y resistentes serían los que irían delante, que con frecuencia relojera se turnarían en los puestos de cabeza del pelotón.

Cuando la luz del sol había invadido el cielo azul claro sin rastro de nubes, Jovita empezó a describirle la ruta dispuesta, con precisión absoluta, como si llevase un amplio mapa delante de los ojos: «Primero pasaremos por Lisboa, allí descenderemos un poco para que puedas conocer sus monumentos y, sobre todo, sus tranvías». Clemente, o lo que de él quedaba, la interrumpió para preguntar cómo eran los tranvías, a lo que Jovita contestó fluidamente: «Son una especie de autobuses con ruedas de hierro como los trenes que circulan por carriles puestos en medio de las calles, al lado de los coches. Funcionan con la electricidad que les entra por el techo a través de dos palos largos, como si fuesen dos brazos extendidos hacia el cielo».

Con esta explicación se había quedado un poco exhausta y, aunque el viajero no parecía muy convencido, no insistió más en ello. Se tomó unos minutos de descanso, hasta que Clemente volvió a preguntar qué era lo que venía después de Lisboa.

Jovita estaba entusiasmada con las descripciones de la ruta y no tardó en continuar con el relato: «Después de sobrevolar bajito la ciudad, continuaremos hacia el sur hasta el cabo de San Vicente de Portugal, siguiendo la costa cuajada de acantilados con pequeñas playas de arena finísima y aguas azules, transparentes como el cielo.

En las proximidades del cabo y cerca de la ciudad de Sagres, se encuentra el promontorio, donde haremos noche; es un lugar seguro con

**muchos insectos para reponer fuerzas. De madrugada remontaremos el vuelo con el océano Atlántico abajo, agua y más agua hasta llegar a las costas de África.**

**Pasaremos por encima de Casablanca y haremos noche en otro montículo próximo a la ciudad, si los vientos no nos son adversos. Desde Casablanca, nos tiraremos al charco, ¡no te asustes, hombre!, que es una forma de decir que empezaremos a cruzar el océano hasta la isla de Madeira. Esta será la travesía más larga y aburrida, nos llevará un día y medio o dos, depende de cómo nos vengán los vientos».**

**Aprovechando el respiro que se tomó Jovita en su narración turística, Clemente le preguntó qué quería decir con travesía aburrida, a lo que su amiga le contestó que significaba no ver mas que profundidades azules por arriba y por abajo, sin más referente de vida real que algún barco que se cruzasen, al que divisarían como a un mosquito flotando en un cubo de tinta. Estando en esta explicación, empezaron a divisar a lo lejos una ciudad enorme, era como un mosaico de mil colores, con predominio del blanco por los edificios y el azulado por las aguas de ese pequeño mar en que se convierte el río al llegar allí.**

**Jovita enseguida empezó a transmitirle los detalles más significativos de aquella hermosa y sufrida ciudad, con un acento especialmente cálido y con un sentimiento profundo: «Mira el río Tajo, tu río; antes de desembocar en el océano se convierte en un mar al que llaman el mar de la Paja, está unido a aquel como una rama al tronco del árbol. Mis antepasados conocieron hace más de trescientos años la Lisboa señorial sembrada de palacios, pero**

**un terremoto y los incendios consecuentes arrasaron con casi todos los que quedaron en pie».**

**En aquellos momentos volaban ya bastante bajo y a Clemente le sorprendió un edificio grande cuya fachada principal, se presentaba a la vista con una combinación uniforme de puntos claros y oscuros. No se hizo esperar la pregunta del niño curioso por el contraste de esos colores, a lo que Jovita dio detallada explicación, con una mezcla de amor de madre y sabiduría de maestra: «Esa es una casa muy antigua, la llaman la casa de las puntas porque toda la fachada principal está adornada con piedras en forma de pirámides acostadas de poca altura con las puntas hacía fuera, como si naciesen de la pared. Los puntos blancos son el efecto de la luz sobre los vértices y los negros, son las sombras que esos pequeños cuerpos piramidales proyectan; es una pena que esté tan deteriorada, a ver si alguien se decide a restaurarla algún día».**

**Terminados estos comentarios, vinieron las exclamaciones de Clemente al sobrevolar el castillo de San Jorge, con sus diez torres y sus cañones muy antiguos, utilizados antaño para defender la ciudad de los piratas, principalmente. Después de contemplar el castillo, pasar sobre las cúpulas de la basílica de la Estrella, sobre la catedral de Se o la infinidad de iglesias, conventos, plazas, jardines y calles, con su peculiar colorido y aspecto variopinto, no se sintió impresionado; no estaban entre sus preferencias las atracciones arquitectónicas o urbanísticas.**

**Desde Lisboa hasta El Algarve debió de echarse un sueñecillo, porque no recordaba nada de ese trayecto ni abrió la boca una sola vez en todo el**

recorrido. Jovita, que así lo supuso, no interrumpió los sueños del sociable y temporal insecto.

Cuando descendían hacia el montículo donde pasarían la noche, Clemente empezó a notar el cambio de temperatura; como empezaba a tener calor, se salió del abrigo de las plumas y a punto estuvo de caerse al vacío. Ya en tierra, buscó la bolsita con granos de cebada que Jovita llevaba colgada del cuello y sacó tres granos de los más gordos; solo se comió uno y medio. El diminuto estómago de la hormiga no tenía capacidad para más, por mucho que con los ojos le hubiese gustado darse un buen atracón. Durmió toda la noche de un tirón protegido bajo un ala de Jovita.

Desde el promontorio de Sagres hasta la isla de Madeira tardaron tres días con sus tres noches, pasaron por las ciudades de Ceuta o Tánger, esto no supo describírmelo con precisión, hicieron noche en las inmediaciones de Casablanca, y antes de despegar de esta ciudad, Jovita le dijo a Clemente que rezase todo lo que supiese, porque aquel sería el tramo más arriesgado de la travesía; aquella advertencia le mantuvo en vela casi todo el camino, de día y de noche fue asido a las plumas de su cojín volador.

Cuando el viento soplaba del desierto les era favorable, al ser más cálido los hacía subir y avanzaban planeando sin mover las alas, pero a Clemente le traía a maltraer; por más que se resguardaba entre las plumas no hallaba la protección ni el abrigo suficiente para evitar la tiritera.

En la isla de Madeira acamparon en la ladera de un enorme promontorio llamado cabo Girao. Desde lo alto caían a chorro libre unas cascadas o colas de caballo preciosas. Se repusieron todos de agua dulce,



porque hasta allí no habían probado ni una gota y empezaban a sentirse un poco deshidratados.

Al volar sobre la ciudad de Funchal, la capital de la isla, bajaron hasta la altura de los tejados de los edificios más altos; así Clemente pudo ver de cerca la efigie de la emperatriz austriaca Sissí, visitante asidua de aquella isla, donde pasaba largas temporadas.

El trayecto entre la isla de Madeira y la de Tenerife les llevó casi un día y medio. Los vientos no soplaron a favor y, además, se levantó un temporal que mantuvo empapado al insecto Clemente hasta que se posaron en la casa de los balcones, ciudad de La Orotava, isla de Tenerife, España. Esto era lo último que Clemente recordaba de sus sueños.

Cuando se despertó, estaba encogido hecho un cuatro y tiritando; pensó que quizás aquel sueño, más que una fantasía había sido una realidad. Con esa duda vivió durante muchos años, porque no encontraba explicación para que un muchacho con pobres conocimientos de geografía tuviese una idea tan precisa y detallada de los lugares por donde había pasado en sueños.

Durante un rato largo estuvo tan absorto y ensimismado en las vicisitudes de aquel viaje que, aun despierto, continuaba enganchado a ellas. No quería abrir los ojos para evitar volver a la realidad, hasta que Jovita se posó en el marco de la ventana de madera, que había dejado abierta por el calor asfixiante que hacía. Entonando un fragmento del repertorio que cada mañana cantaba, le devolvió a la realidad de su monótona vida de pescador de río y de compañero inseparable de sus abuelos.

**Rebuscando en su despensa emocional algo de optimismo, recordó que sus padres volverían después de tres o cuatro años con dinero para montar un bar en el pueblo, y después, después Dios dispondría.**

## V -GRACIAS A FERMÍN

Normalmente, los fines de semana, Fermín se desplaza en compañía de sus padres, su hermana y una abuela que vive con ellos, a una casita que tienen a la orilla del mar y cerca de la montaña, en una urbanización próxima a la ciudad de Jávea, provincia de Alicante. Los sábados y los domingos, después de desayunar, Fermín acostumbra a subir hasta la torre del Yerro, casi siempre acompañado de Curro, su perro y fiel amigo, un pastor alemán de tres años al que recogieron nada más nacer de Ladrona, la perra de sus vecinos de la urbanización.

Cuando Fermín subía en compañía de Curro, no le importaba patear las zonas de acantilados, incluso entrar en las cuevas, en las que, si estuviera solo, no se atrevería jamás ni siquiera a acercarse, a pesar de tener cumplidos ya los doce años.

El sábado por la mañana de aquel 6 de mayo, a eso de las diez, como era su costumbre, puso el bozal a Curro, le enganchó la correa de paseo al collar de cuero al tiempo que le desenganchaba la cadena y salieron de caminata.

Cuando llegaron al monte, lo desató y le quitó el bozal. Curro empezó a corretear y a jugar alrededor de Fermín, quien le tiraba una y otra vez la pelota de goma para que se la trajese. Es posible que el esplendor de aquella mañana de primavera, limpia de nubes, fuese como una invitación al atrevimiento para meterse por una vereda poco hollada, entre torviscos, pinos enanos, rocas y matorrales, que discurría por las laderas escarpadas que morían en el mar. Aunque en el inicio la conocía por haber pasado por allí otras veces, la realidad era que nunca se había atrevido a senderear por ella. En algunos tramos, los pasos eran tan estrechos que no podían pasar emparejados el perro y él; en esos casos, su amigo y protector le seguía detrás a corta distancia y con una apreciable inquietud. Aquella mañana, Curro demostró ser más prudente o más temeroso de lo desconocido que Fermín, pero la curiosidad de este por explorar aquella zona, que veía con cierto riesgo, se sobrepuso al temor por entrar en un sendero desconocido.

Desde arriba, parecía que la única manera de acceder hasta aquella parte de la costa era con barca y cuando el mar estuviese bien calmado. En varias ocasiones, la continuidad de la trocha se perdía o se cerraba con la maleza de tal manera que le obligaba a pararse para averiguar por dónde continuar. Cuando habían recorrido unos ochocientos o mil metros de fatigoso e inexplorado senderismo, la trocha que llevaban se encontró con un camino bien definido que subía en dirección a la torre. En aquel momento respiraron los dos a pleno pulmón; era difícil discernir cuál de ellos llevaba más miedo en el cuerpo.

A partir de aquel venturoso ensanchamiento, el camino continuaba bajando hacia un entrante del mar, pero era imposible todavía divisar la cala desde aquel lugar. Cuando Curro vio el camino despejado, saltó delante y echó a correr. Al llegar a una curva del camino que se adaptaba a la orografía del entrante del mar, paró en seco y empezó a ladrar con fiereza. A Fermín se le pusieron los pelos de punta porque, tal como oyó ladrar a Curro, supuso que por allí había alguien. Corrió hasta llegar al perro, que no cesaba de ladrar, y le cogió del collar para que se tranquilizase antes de fijar la vista en la panorámica que se divisaba a unos quince o veinte metros más abajo. La cala de canto rodado se prolongaba hacia el interior de la montaña por una cueva oscura, su boca tendría unos diez o doce metros de ancho y unos cuatro o cinco de alto.

Cuando miró al fondo, no apreció rastro alguno de nada, solo el ruido del rodar de los guijarros unos sobre otros impulsados por las olas rompía el silencio sepulcral de aquel lugar. Se sentó al lado de Curro para descansar, lo cogió del collar y le acarició la cabeza para que se tranquilizase. Curro miraba a su amo con ojos inquietos, como de estar asustado, y emitía arrumacos de perro chico, interrumpiendo con frecuencia los jadeos como para escuchar en silencio.

Estuvieron mirando hacia el interior de la cueva mientras descansaban unos cinco minutos y nada, ni rastro de que hubiese por aquellos alrededores más vidas que las suyas. A pesar de ello, Fermín tenía la intuición, que poco a poco se fue transformando en sospecha, de que en el interior de la cueva había alguien. Mientras estaba sentado, oteó la

montaña y vio una roca que podría servirle de parapeto para esconderse detrás y esperar para ver si salía alguien de la cueva.

Sacó unos curruscos de pan duro de la mochila que llevaba a la espalda y se los fue poniendo en la boca a Curro, que se los comió con ganas; luego le vertió en una cacerola vieja de aluminio su ración de agua y el perro también dio buena cuenta de ella.

Lo cogió del collar y se lo llevó detrás del risco que le serviría de escondite, se sentaron y Fermín dio unos sorbos de agua de su cantimplora. Curro dejó de jadear y no movía ni el rabo, parecía que entendiese cuál era el propósito de su amo, porque le miraba y apoyaba la cabeza sobre su pierna. Así estuvieron más de diez minutos, sin hacer ruido. Fermín sabía que para comprobar si había alguien dentro de la cueva tendría que sorprenderle in fraganti. Ató corta la correa del perro al tronco de una mata del monte, para que no se moviese, le hizo señas de que estuviese callado, poniéndose los dedos sobre la boca y la nariz, y empezó a arrastrarse con todo el sigilo que le permitía el terreno alfombrado de piedras y maleza.

Llegó reptando hasta el borde del precipicio, que caía casi vertical sobre la puerta de la cueva, aguantó unos minutos mirando y, por fin, vio salir a una mujer de raza negra cojeando de la pierna derecha y ayudándose con un palo grueso que sujetaba en el hueco del hombro. Tras ella salió un niño de unos cinco años. Cada uno por su lado, se pusieron a recoger trozos de madera, palos y ramas, todo lo que había sacado el mar. La mujer se movía entre los guijarros con gran dificultad y los dos iban descalzos. Después de recoger la leña, salió el niño con un palo largo y, desde una roca, intentó pinchar alguno de los peces que se acercaban, pero sin fortuna. De vez en cuando se agachaba y arrancaba de la roca algo que se comía, supuso que serían pequeños mejillones.

Como nadie miraba hacia donde estaba Fermín, porque el niño le daba la espalda y la mujer había vuelto a entrar en la cueva, se puso de pie y sacó de la mochila el bocadillo que llevaba, relleno la botella de agua de Curro con agua de su cantimplora hasta llenarla y echó a rodar los dos paquetes pendiente abajo. Cayeron justo delante de la entrada a la cueva. El ruido fue imperceptible comparado con el que hacían los guijarros, pero

la madre, que no debía de estar muy en el interior, cuando vio caer los dos paquetes salió arrastrándose y echándole piedras al niño al tiempo que le gritaba y hacía señas para que se volviese.

Fermín subió corriendo a buscar a Curro, le desató la correa y le dijo: «Vámonos de prisa, tenemos que volver con socorro para esta gente».

Ya cerca de su casa, ató a Curro a una farola para justificarse, si le veían, diciendo que se le había escapado y tenía que volver a buscarlo. Tuvo suerte de que a esa hora en su casa solo estuviese su abuela que, además de estar más sorda que una tapia, se pasaba el tiempo rezando rosarios.

Llenó la mochila con tres barras de pan duro, otra medio tierna, un trozo de chorizo, otro de salchichón, un pollo congelado, un bote de cristal lleno de aceite refrito para que mojasen el pan, unas cuantas manzanas, los tres plátanos que encontró, una tableta de chocolate, un periódico viejo y una caja de cerillas para que encendiesen el fuego. Salió de su casa con la mochila a la espalda, que iba a reventar, y en la mano un bidón con cinco litros de agua. A pesar del peso, salió a la carrera, con la fortuna de que nadie de su familia lo vio. Desató a Curro, que no se había movido, y volvieron a la montaña.

Cuando llegaron al acantilado, Fermín comprobó de inmediato a cara descubierta que el bocadillo y la botella de agua ya no estaban donde habían caído, y dedujo en buena lógica que lo habrían recogido. Desechó la idea de echarles la mercancía desde arriba por si se derramaba el agua o se rompía el bote de cristal principalmente, por eso bajaron casi hasta la orilla del mar. En la ménsula de una roca, les dejó las viandas bien dispuestas. Seguramente, tanto la madre como el niño le estuvieron observando desde dentro de la cueva que, al estar a oscuras, desde fuera no permitía ver nada, pero desde dentro ellos lo podían ver todo.

Cuando llegaron arriba, Fermín se volvió para echar un último vistazo y descubrió con gran satisfacción cómo el niño le llevaba a la mujer, que le esperaba en la puerta de la cueva, los alimentos que les había llevado. Desde arriba, a la madre no se le veía la cara, pero el niño miró a Fermín sin miedo y le saludó, juntando y agitando sus manos en señal de agradecimiento.

De vuelta a casa, Fermín bajó comentando con Curro si debía decirle algo de lo ocurrido a sus padres. La primera reacción fue la más cómoda, sacaría unos euros de sus ahorros y repondría la despensa con aquellos alimentos que su madre pudiera echar más en falta, principalmente el pollo del congelador. Estaba convencido de poder subsanar el saqueo con unos cuantos euros si disponía de tiempo para ello.

Cuando dio vista a su calle, le produjo un vuelco el corazón ver su coche aparcado delante de la puerta; aquella situación inesperada le rompía por completo sus planes.

Entró como de costumbre y ató el perro a la cadena. Su padre andaba por el jardín distraído con algún trabajillo; le preguntó si necesitaba que le ayudase a hacer algo y le contestó que no; luego, sin levantar la cabeza, añadió. «Esta mañana habéis hecho una buena caminata, ¿no?».

Fermín continuó camino de la casa, y se dirigió a la puerta de la cocina, que normalmente estaba abierta cuando había alguien. Su madre, que andaba con los preparativos de la comida, al verle le preguntó riendo. «¿Qué tal la montaña, continúa estando en el mismo sitio?». Fermín no reparó en la broma de su madre, pero al hilo del diálogo le preguntó por las compras y añadió: «¿Habréis tenido en cuenta que este fin de semana son tres días,? ¿que el lunes es fiesta también!». Su madre se volvió sorprendida por la pregunta para decirle: «Sí, sí, gracias a que hemos sido previsores y comprado para tres días, porque contaba que tenía el frigorífico más surtido, pero mira de una semana para otra he debido de despistarme. Bueno, no pasa nada, si necesitamos algo lo compraremos en la botiga de la urbanización».

Fermín salió de la cocina sin hacer más comentarios y subió a su cuarto, quería replantearse con urgencia la decisión que debería tomar. Se sentó frente al ordenador y empezó a dibujar una panorámica de la cueva. Pintó a la mujer con los brazos extendidos y al muchacho cerca de ella, llevaba una bolsa colgando de un brazo y la garrafa de agua del otro. Reparaba en aquel dibujo cuando se dio cuenta de que, en el mejor de los casos, con lo que les había suministrado tendrían como mucho para subsistir tres o cuatro días y, después, ¿que?

Aquella pregunta le angustió tanto que se le despejaron todas las dudas. Salió corriendo de su habitación y bajó las escaleras para buscar a su padre, saltando los escalones de dos en dos. «Papa, papá, ven un momento a la cocina», le llamó desaforadamente, tanto que su madre se alarmó al oírle gritar y salió secándose las manos con el delantal para preguntarle: «¿Qué pasa, Fermín?». «Nada, mamá, no te preocupes», contestó el muchacho, que entraba delante de su padre.

Cuando llegaron a la cocina, les soltó sin rodeos todo lo ocurrido y abrazó a su madre, que continuaba cocinando, al tiempo que le decía. «No te habías despistado con las reservas, mamá, es que me he tropezado con ellos y los he socorrido». Mientras Fermín abrazaba y hacía carantoñas a su madre, su padre entró en el salón para llamar por teléfono al Ayuntamiento.

Poco después de comer, se presentaron en su casa dos señores de paisano; uno de ellos, de piel oscura, hablaba el castellano con dificultad. Los acompañaban cuatro policías municipales, uno debía de ser conocido de su padre, porque se hablaban de tú y con cierta confianza. Su madre hizo café para todos y, después de tomarlo, salieron en caravana con tres coches. Fermín los acompañó para enseñarles el lugar y para bajar con el señor tostado antes de que viesan a los policías y se asustasen.

Hasta que bajaron a la cueva, desconocían que dentro hubiese alguien más que la mujer y el niño, aunque Fermín desde el principio sospechó que no estaban solos. Efectivamente, había más personas, otra madre con una niña recién nacida.

Los dos señores de paisano regresaron con Fermín y su padre; porque en los coches de la policía trajeron al pueblo a los inmigrantes. Gracias a Fermín se salvaron todos y el Ayuntamiento se hizo cargo de ellos.



## VI - LA FUERZA DEL DESTINO

Durante la segunda quincena del mes de mayo de 1973, Alfredo Santalucía Carmona hacía una visita rutinaria a los trabajos de ingeniería que su empresa tenía contratados en Salamanca y que él tenía la responsabilidad de controlar.

Aquel mismo mes, Alfredo había cumplido veinticinco años. Era un muchacho en plena juventud y, como tal, solía salir después de cenar por las pequeñas salas de distracción, que eran hervideros de jóvenes universitarios de la capital y de otros en tránsito, pertenecientes a grupos de excursionistas de final de curso o de paso por el Ecuador.

La última noche de aquel viaje de Alfredo, se encontró en su salida nocturna con un grupo de chicas de La Coruña estudiantes del último curso de una escuela de magisterio. Cuando Alfredo entró en aquella sala al lado del hotel donde se hospedaba, todas las mesas estaban ocupadas y se quedó en la barra, sentado en uno de esos taburetes altos desde donde podía divisar a casi todas las excursionistas. De inmediato, chocó su mirada con unos ojos ausentes de la fiesta y el jolgorio, unos ojos atrapados en alguna telaraña tejida en su interior, unos ojos que imploraban salir de la oscuridad. Aquellos ojos los llevaría grabados en el fondo de sus sentimientos durante muchos años; nunca se había cruzado con una mirada tan profunda como la de aquella Chelo.

La invitó a bailar, por ser la fórmula habitual de acercamiento, pero no porque le importase en sí el baile; eran más los deseos de hablar con ella y de verla de cerca que de pegar saltos en la pequeña pista de baile abarrotada de juventud.

Pasó un rato muy agradable, alternando los gracejos de sus expresiones con los atisbos de lo que le ensimismaba. Hasta donde pudo descubrir, su estado de ausencia no ocultaba ninguna motivación preocupante, no observó que fuese debida a problemas de salud de ella ni de ninguno de los miembros de su familia, tampoco le pareció que la situación económica fuese la causa de sus problemas. Pero, cuando le dijo que la tristeza de sus

ojos era lo que le había llevado hasta ella, bajó la vista y se le escaparon dos lagrimillas.

Después de garantizarle que podía confiar en él, solo le confesó que no se sentía a gusto con la vida que desarrollaba, que se encontraba vacía, que le faltaba algo pero no conseguía descubrir lo que era; necesitaba salir del ambiente en el que vivía desde que nació hacía ya veinte años, pero no se atrevía a dar ese paso, porque no tenía quejas de sus padres ni de sus hermanos.

Las dos horas que estuvieron juntos, alternaron el diálogo sobre sus aficiones, sus gustos y las labores que habitualmente hacían con el baile de alguna canción lenta. Al final de aquella velada, se intercambiaron las direcciones y los teléfonos para mantenerse comunicados.

Durante los dos años que duraron sus relaciones de sincera amistad, más románticas que físicas, exceptuando las dos ocasiones de dos y tres días respectivamente en que Alfredo viajó a Betanzos, ciudad donde vivía Chelo, todo lo demás fueron conversaciones cortas a través del teléfono y largas, eternas podrían describirse, las que mantuvieron por escrito. Al principio, Chelo encabezaba aquellas cartas con la frase: «Mi querido ausente», después la amplió con dos palabras y decía: «Mi querido y deseado ausente». En ambos casos acompañaba el saludo con el símbolo de tres lagrimitas que se deslizaban graciosamente en cascada sobre el papel color ocre tostado que siempre utilizaba; los sobres también eran de ese mismo color. Las cartas de Alfredo nunca pasaron en su encabezamiento de la sencilla expresión: «Mi querida amiga».

Desde el primer momento, pesaron demasiado los kilómetros que los separaban como para que un joven ambicioso y soñador como Alfredo, con muchos proyectos en su cabeza y fervientes deseos de ocupar siempre plaza en los primeros peldaños de las empresas por las que pasaba, pudiese comprometerse con unas sencillas relaciones de noviazgo, que era todo lo que por entonces Chelo deseaba.

En varias de sus cartas le decía: «Mis amigas me preguntan si somos novios, y no sé qué contestarles. ¿Qué les digo?», le preguntaba ingenuamente la dulce galleguina enamorada. A esa pregunta, Alfredo nunca le contestó, la evadía con estúpidas referencias al trabajo y con los logros personales que iba consiguiendo:

O el piso que acababa de comprarse en Madrid, el coche que pensaba comprarse y con el que iría a verla, etcétera.

Antes de que hubiesen transcurrido los dos años desde aquella noche que se conocieron en Salamanca, el ingeniero Alfredo Santalucía Carmona fue destinado a la delegación que la empresa tenía en Zaragoza, eran los primeros días del mes de marzo de 1975. Alfredo dejaba cerrado su piso nuevo recién amueblado, con la cama de matrimonio que se compró para su habitación, aún virgen.

Era un caso insólito el de este Alfredo: no se atrevió a comprometerse con su Chelo, como la llamaba ante sus familiares y amigos, pero tampoco podía olvidarla; llevaba su mirada de tristeza expectante, siempre brillando en lo más profundo de su alma, hasta el extremo de no poder mantener físicamente relaciones de amor y sexo con ninguna de las compañeras ni amigas que se lo demandaban sin ningún compromiso. Era algo así como si su vida estuviese reservada a alguien que no fuese Chelo, porque, de lo contrario, no habría existido esa fuerza invisible que le impedía comprometerse con ella. Era un apasionado de los casos difíciles y casi imposibles.

En Zaragoza pasó los tres primeros meses enfrascado en la organización de la logística propia del aterrizaje a una ciudad y una panorámica de trabajo desconocidos. Durante ese periodo, solo tres o cuatro cartas intercambió con su Chelo, que, poco a poco y con un inexplicable gran pesar, iba viendo más lejana, más irrealizable y menos suya. En varias ocasiones durante aquellos meses, se rebeló contra él mismo o contra aquella dominadora parte de él que le iba haciendo olvidarla. En algunos momentos de arrebató, tuvo la intención de ir a verla

aprovechando el fin de semana, pero siempre le faltaba la decisión suficiente para hacerlo; era como si su destino le tuviese preparado otro camino.

A mediados del mes de mayo de aquel año, un compañero de trabajo se casó y le invitó a la boda, que se celebraba en Egea de los Caballeros. Allí, envuelto por el hermoso y perfumado colorido de la primavera, el esplendor del acontecimiento y la fiesta, halló el ambiente propicio para cambiar el pasado reciente de escepticismo y distanciamiento por otro real, tangible y alegre, que fue lo que valoró al primer golpe de vista en Isabel Moncayo Fuerte, una joven maña guapa y hermosa de aquella ciudad donde se celebró el enlace, prima hermana de la novia, hija de una familia acomodada y distinguida de la comarca y soltera de cuerpo y alma desde el día de su nacimiento, hacía ya veintitrés años.

Al día siguiente de la ceremonia, tuvo ocasión de conocer a sus padres cuando visitó su casa. Fue llevado por la curiosidad de apreciar en la cueva un aljibe con manantial de agua potable y reconocida antigüedad de más de seiscientos años.

Isabel vivía durante la semana en Zaragoza, en un piso de sus padres próximo a la facultad de medicina, donde cursaba el último año. Lo compartía con una de sus dos hermanas y con su prima, la recién casada, que en buena lógica dejó su habitación disponible .

Las relaciones entre Alfredo e Isabel fueron de una electrizante atracción amorosa y física desde el día en que se conocieron. Pasaban juntos menos tiempo del que deseaban, debido a la agotadora actividad que los dos se habían impuesto; Isabel con la preparación de los exámenes del

MIR y Alfredo con sus trabajos, que cada día iban en aumento. Estas fueron las razones principales para que pospusiesen su boda hasta el mes de julio del año siguiente, porque, si por sus deseos hubiese sido, al mes de conocerse habrían estado pinchadas las amonestaciones en el tablón de avisos de la iglesia fortaleza de Santa María, de Egea de los Caballeros.

A finales del mes de septiembre de aquel año, aprovechando que en el piso de Isabel había una habitación libre, Alfredo dejó el apartamento que tenía alquilado y se trasladó a vivir junto a su novia. Por aquellas fechas, y debido a la dedicación plena de Isabel a la preparación de las oposiciones, atendía la casa su tía Angustias, una hermana soltera de su padre. Alfredo volvía a vivir en familia: se olvidaba de preparar comidas, del lavado de la ropa, lavar vajilla, la limpieza del piso y todo lo que conlleva vivir solo.

Los acontecimientos posteriores se desarrollaron con total normalidad: boda en julio de 1976, nacimiento de su hijo Guillermo en mayo de 1977 cuando aún vivían en Zaragoza, traslado a Madrid en octubre de 1978, nacimiento de su hija Maria Luisa en 1980 y en 1983 nació su hijo Jaime. Con él, se cegaba el manantial maternal de la doctora en ginecología Doña Isabel Moncayo Fuerte, casi tan fuerte como los vientos que nacen del monte que llevaba por apellido.

Antes de cumplir la cuarentena de aquel último parto, le dijo a Alfredo: «Querido, ya hemos hecho nuestra aportación a la humanidad para que no se extinga, así es que adoptemos alguna solución». No sé cuál sería la solución que tomaron, porque la guardaron en secreto debajo del colchón de la cama que solo ellos dos compartían, pero fuese la que fuese, no tuvieron más hijos.

Después de veintiséis años de matrimonio feliz y plenamente ocupados con sus trabajos, sus hijos, sus casas, sus viajes y sus familias; Chelo había quedado aletargada sentimentalmente y oculta a la luz de los recuerdos, en el fondo del sagrado cofre de Alfredo. Pero, cuando sus cansancios de trabajo empezaron a hacer mella y las obligaciones de padre no le absorbían porque sus hijos estaban ya cada uno encarrilado en sus trabajos y sus estudios, empezó a producirse en él un cambio importante de su estado de ánimo. Esto, unido a la indolencia que produce a la larga la monótona vida en común durante muchos años, provocaron que salieran a la luz aquellos recuerdos de su juventud, y que se apoderase de él una especie de sentimiento de culpabilidad por no haberle hecho saber a Chelo su decisión de casarse con otra mujer. De esa manera, la galleguina habría colgado las esperanzas que pudiese tener y habría quedado libre para rehacer sus planes de vida compartida. No hizo bien cortando las relaciones sin la menor explicación. Ahora, después de tantos años, empezaba a tener atriciones y pesos en su conciencia.

Aunque ya era demasiado tarde para remediar aquella situación, Alfredo tenía cada día mayor necesidad, o curiosidad, por saber qué habría sido de ella. Aprovechó un viaje de trabajo que hizo a La Coruña, para una tarde después de comer, acercarse a Betanzos. Hizo el camino con el temor de lo que podría encontrarse, de lo que podría haber sido de aquella criatura angelical por no haber hecho él las cosas como debía, por no haber afrontado la situación con valentía.

Betanzos no había cambiado mucho en aquellos años y le fue fácil localizar la calle donde vivía Chelo. Aparcó el coche en una placita

próxima a aquella calle, entró en un bar y tomó café y un coñac para ambientarse, porque estaba con las defensas bastante bajas. Al salir, pudo divisar desde lejos el rótulo de la mercería de Juanita, una amiga íntima de Chelo, con la que compartía sus secretillos. No se lo pensó dos veces y se dirigió a la tienda directamente.

Hizo una pasada en falso para vislumbrar cómo estaba el panorama por dentro y comprobó que más favorable no lo podría tener. Una mujer estaba sentada detrás del mostrador haciendo ganchillo o algo parecido; cuando levantó la cabeza pudo reconocerla: era Juanita y estaba sola. Tuvo suerte porque aquella tarde su hija, la que llevaba la tienda, había salido a pasar consulta con el ginecólogo.

Alfredo era un hombre retraído y muy temeroso de meter la pata, pero cuando decidía hacer algo, no había obstáculo que lo detuviera. Entró con decisión en la tienda y, después de dar las buenas tardes respetuosa y humildemente, se presentó diciendo: «Soy Alfredo Santalucía, fui novio de tu amiga Chelo Espenuca, te conozco porque nos presentó una de las veces que vine a verla». Hizo un pequeño descanso para secarse el sudor de la frente y con el deseo de que la mercera hiciese algún comentario, pero no abrió la boca, solo levantó la cabeza y se quedó mirándole fijamente extrañada, como si hubiese visto un fantasma. Al no mediar palabra alguna, decidió continuar explicándose: «He venido, porque desde hace algún tiempo no me encuentro bien: sé que no obré con honestidad con Chelo y necesito personalmente excusarme con ella. Te pido disculpas por haber pasado a molestarte, pero eres la única persona que conozco aquí y, antes de hacer una llamada telefónica que, después de tantos años,

resultaría fría e incluso comprometedor, he preferido conocer su situación a través de ti. Solo quiero saber si está bien, con eso me basta».

Juanita llevaba puestas las gafas de coser y le miraba por encima de la montura; las dejó caer atadas a un cordón colgado del cuello, se levantó de la silla, y, doblando la espalda, apoyó los brazos extendidos sobre la luna del mostrador. Sin dejar de mirarle y sin cambiar la cara de escepticismo que había puesto desde que le vio entrar, le dijo: «Vaya con Alfredo, pensábamos que te habría tragado la tierra. La tuya fue una espantada de padre y muy señor mío, pero escucha lo que te voy a decir: con tu decisión de venir a interesarte por la mujer que te ha querido más que a nadie en el mundo y que te querrá hasta su muerte, has lavado un poquito la imagen que tenía de ti».

Continuó contándole que, a los dos años de faltar sus cartas, aceptó a un muchacho de su edad que desde niño la pretendía y, como en muchos otros casos, se casó sin amarlo. «Perdidas las esperanzas contigo -le dijo-, tenía dos caminos: uno, el que tomó, resignarse a vivir con un hombre al que no quería, pero esperanzada en que con el roce diario, los hijos y el respeto que el marido la tenía terminaría aceptándole, como así ha sido. El otro camino, quedarse para vestir santos y, francamente, en lo de costurera Dios no le ha dado muchas habilidades. Así es que se casó y tuvo dos hijas muy parecidas a ella, además de en lo físico, en lo bondadosas y virtuosas. En resumen, pues, un matrimonio aparentemente feliz. Uno más de los muchos que llevan las procesiones por dentro».

En aquel momento se paró en seco, se irguió y, aplastando las manos sobre la luna del mostrador, se levantó de puntillas y con una cara muy



seria le dijo: «Mira Alfredo, Chelo es como una hermana para mí, hoy, después de haberte esperado tantos años, casada y con sus hijas a las que adora y con todo lo que pueda ponerse en ese mismo platillo de la balanza, se iría contigo al fin del mundo si se lo pidieras, pero muchas personas queridas sufrirían las consecuencias. Por esto y por mucho más que no puedo contarte, te ruego que por la nobleza de tu corazón, que sé que la tienes, no hables con ella; vamos, que ni sospeche que has estado aquí».

Alfredo se tapó los ojos con las dos manos durante un par de minutos y, respirando profundamente, le dijo: «Quiero pedirte un favor, solo un favor, Juanita; no puedo irme sin verla, necesito llevarme en mi corazón su imagen para que me acompañe y me ayude a soportar su ausencia mientras viva. Comprendo lo que me has pedido y te prometo que no me haré presente delante de ella ni le dirigiré una sola palabra, pero dime que tengo que hacer para verla».

Juanita se quedó pensativa mientras le miraba con cariño y, al final, le preguntó. «¿Habrás venido en coche, supongo?». «Si claro, le contestó Alfredo. «Pues apárcalo en la acera de enfrente y no salgas de él aunque te estés muriendo. Cuando te vea aparcado, la llamo y le pido que baje un rato a hacerme compañía».

Antes de despedirse, Alfredo le pidió a Juanita un último favor; con la mano extendida sujetando una tarjeta personal entre los dedos, le dijo: «Juanita, yo estoy casado con una buena mujer a la que quiero, tengo tres hijos a los que adoro, un patrimonio respetable y una estabilidad familiar envidiable, pero si Chelo me necesitase algún día hasta extremos hoy imprevistos o insospechados, prométeme que me llamarás. Estoy dispuesto

ahora, y siempre lo estaré, a abandonarlo todo, si fuese necesario, para compensarla de lo que la hice sufrir con mi abandono, ¡prométemelo!» -le insistió-. «Te lo prometo, Alfredo, te lo prometo». Le despidió dándole un beso en la mejilla al tiempo que le decía: «He conocido tan de cerca el amor platónico y sublime que Chelo te ha tenido y te tendrá mientras viva que yo también llegué a quererte por ese extraño efecto simpatía, pero después de verte y escucharte esta tarde, se me ha renovado ese afecto. Cuídate mucho y te prometo que, si las circunstancias lo exigiesen, me comunicaría contigo».

Alfredo salió de la tienda como un sonámbulo, tuvo que pararse dos portales más abajo para orientarse y recordar dónde había dejado el coche. Al fin llegó hasta él y, dando la vuelta a la plaza, lo aparcó frente a la tienda con la calle de por medio.

Al poco rato, vio cómo bajaba por la acera de la tienda una mujer elegantemente vestida, con un traje de chaqueta color verde aceituna. En un primer golpe de vista no le pareció que fuese Chelo, se la imaginaba más bajita y menos estilosa. Al llegar a la tienda llamó al timbre y Juanita salió a abrirla de detrás del mostrador. Entró y se quedó de espaldas a la calle mientras Juanita, de frente, aprovechaba el movimiento de echar el cierre para hacerle a Alfredo la señal de una uve con dos dedos de la mano izquierda.

Durante más de una hora, Alfredo estuvo oculto tras sus gafas de sol, recordando, levitando y extenuado por aquella mujer a la que había hecho sufrir solo Dios sabría cuánto. Le envió una plegaria y le dio gracias por

haberla cuidado tan bien durante aquellos años, a juzgar por las apariencias.

Por aquel entonces, Alfredo había recobrado sus aficiones poéticas de la juventud. Cada vez que las circunstancias eran las propicias, cogía papel y lápiz y enredaba unas con otras las palabras nacidas de sus sentimientos. Cada vez que descansaba los ojos de mirar a su Chelo, tomaba notas con las palabras que brotaban, como vapores de un volcán, de sus entrañas churruscadas por el llanto interior.

Cuando fue la hora de cerrar la tienda, Juanita y Chelo salieron juntas cogidas del brazo, cruzaron la calle y se pararon en la acera al costado del coche de Alfredo. Juanita tuvo la precaución de colocar a Chelo de espaldas al coche mientras ella se ponía de frente y le hacía señas para que bajase la ventanilla, lo suficiente para pudiera escuchar la voz de su amada. Durante los cinco minutos largos que permanecieron allí, a pie derecho sin moverse, Alfredo sintió correr por sus venas un caudal de hieles y fuego nunca sospechado.

Los sentimientos brotados de su corazón durante aquella hora larga de acecho los guardó en lo más profundo de su ser y en el mayor de los secretos; fueron el sostén de su existencia en los momentos difíciles. Él mismo los escribió así:

Me duele en el alma haberte herido.

Mi vida hoy se descuelga entre lamento y tormento.

Desde siempre llevé a caballo el sentimiento

entre un amor en ciernes y otro en olvido.

Ese duelo que en mi interior libraban

el cariño por la niña Chelo ausente

y el amor a la Isabel después presente

lo ganó la que más cerca de mí estaba.

Pero tengo por cierto amor sincero,

dormido y tantos años olvidado,

**que en el fondo de mi alma hoy vas primero.**

**Esa loca carrera ya ha empezado,  
falta saber quién será mi amor postrero.**

**Deseo... que la balanza se incline de tu lado.**

## VII - ¿CUÁNDO MURIÓ GABRIEL BERRIO?

Javier Peña, su mujer Elvira y sus dos hijos, a partir del mes de mayo, y antes si el tiempo acompañaba, tenían la costumbre de subir a la sierra de La Pedriza o sus alrededores los sábados. Desde hacía unos años, también subían el día de San Isidro, para disfrutar de las romerías que celebraban los pueblos del valle del Manzanares. Aquel día, que ese año caía en viernes, todos comían de lo de todos y las botas de vino no paraban de saltar de mano en mano. Pero, entre que salieron tarde de casa y la cantidad de gente que eligió aquella zona para pasar el día, lo cierto es que, cuando llegaron a las praderas donde tenían la costumbre de acampar, estaban ocupadas al completo. Tuvieron que continuar río arriba en busca de un aposento en algún paraje tranquilo; además, Elvira se había levantado con dolor de cabeza y no estaba para las algarabías de las comidas populares, ni para gritos de niños, ni para músicas estridentes.

En el lugar donde acamparon había solo otras tres familias, pero bastante distanciadas unas de otras. Elvira abrió su tumbona y se puso la radio; los niños jugaban a la pelota y Javier se entretenía ojeando el periódico. Aquella semana, Javier, que trabajaba de contable en una constructora, había tenido unos días de jornada y media laboral y además casi sin levantarse de la silla, por lo que estaba necesitado de hacer ejercicios fuertes que le sacasen las toxinas del cuerpo. Dejó el periódico y le dijo a su mujer que se iba a hacer una caminata por la montaña hasta la hora de preparar el brasero para asar las chuletas.

Subió por la ladera siguiendo las trochas de las cabras, sorteando jaras, torviscos, retamas y rocas enormes, algunas soportadas en tan aparente estado de inestabilidad que daba vértigo pasar por debajo de ellas; le

quedaba la tranquilidad de que llevasen en esa misma posición desde haría miles y miles o millones de años y no se hubiesen caído.

A unos trescientos metros del lugar donde estaban acampados, sin salirse de la vereda, tropezó con una combinación de rocas que parecían dispuestas a modo de dólmenes naturales. Entre dos grandes moles verticales orientadas a poniente, observó que la separación estaba tapada de manera basta con una pasta terrosa mezclada con paja y ramas finas, una especie de masa de adobe. En el punto más alto, a unos tres metros del suelo, cerraba la abertura una ventana de madera muy descolorida probablemente procedente de algún derribo. Por su color quedaba bastante disimulada con el panderete de barro seco.

Dio la vuelta al recinto por la parte alta orientada al norte y comprobó que la roca que estaba encima de las otras a modo de visera se clavaba en la ladera. Encima de ella había un montículo de tierra poblado con monte bajo, jaras y retamas principalmente. Entre las dos rocas que se orientaban a la salida del sol, la separación era de casi un metro, y aquí el cerramiento estaba hecho con más esmero; por el color parecía un muro construido con pasta de cemento que al estar cubierto de musgo armonizaba bastante con las rocas de alrededor. En la parte alta, otra ventana también de madera con barrotes de hierro, un poco más ancha que la anterior, cerraba el hueco entre las rocas. Esta ventana estaba abierta, pero no se podía ver lo que había dentro.

Con pasos lentos, evitando pisar la leña seca y los matojos para no hacer ruido, llegó hasta la cara sur de aquella disposición mitad natural mitad prefabricada, donde supuso que viviría alguien. Sobre aquel frente,

estaba practicado el acceso a la cueva. En el hueco de un metro escaso de ancho, habían instalado una puerta de madera procedente, como las ventanas, de algún derribo; delante colgaba una cortina de canutillos de plástico bastante vieja, sucia y deteriorada.

Con la puerta abierta y la cortina recogida hacia un lateral, se podía ver el habitáculo. Javier miró a su alrededor y al no ver a nadie, se asomó por dentro de la cortina. Había indicios de que alguien utilizaba aquella cueva como vivienda porque en su interior se veían, aunque en muy mal estado, muebles y enseres de una casa: una mesa de madera, tres sillas con el asiento de anea y barrotos pintados de negro, un sofá y una estantería de madera colgada del tabique con algunos libros. Al fondo, en un hueco entre dos rocas, se habían amañado una chimenea.

Cuando estaba embelesado contemplando aquel habitáculo casi cavernario, escuchó a alguien detrás de él que con voz áspera y malhumorada le preguntó: «¿Qué buscas aquí?». Javier se giró asustado, pero se estremeció aún más al verse delante a un hombre sucio, vestido con ropas harapientas, el pelo revuelto y barba descuidada desde hacía meses.

Se quedó absorto por unos segundos y no se enteró de la pregunta que le había hecho. Con la vista clavada en aquel ser extraño, le preguntó con voz trémula: «¿Vive usted aquí?». «Sí, -contestó el misántropo-, ¿tiene eso algo de malo?». Entonces, Javier se le acercó, quería darle la impresión de que no le despreciaba, sino todo lo contrario, que le preocupaba ver a una persona viviendo en aquellas condiciones antidiluvianas. Debieron de ser muy convincentes sus expresiones, porque el mendigo, de nombre Gabriel Berrio, se tomó tal cual las intenciones de Javier.

Después de pasar un rato conociéndose, Gabriel sacó dos sillas y una caja de chapa bajo el brazo; se sentaron, abrió la caja, que contenía tabaco natural picado, y le ofreció echar un cigarro, a lo que Javier aceptó con gusto. Gabriel, emocionado por que le aceptaba el ofrecimiento, le reveló: «Es una mezcla de tabaco negro con tabaco rubio; lo cultivo a la orilla del río. Tiene un sabor especial, yo lo encuentro parecido con los puros habanos».

Echaron dos cigarros mientras hablaban de temas superficiales y, cuando Javier comprobó que era la hora de la comida, le dijo que tenía que bajarse. Sin pararse a pensar cómo le caería a su esposa, le invitó a que comiese con ellos. Esta invitación le causó a Gabriel una grata impresión de amistad que tenía olvidada desde hacía mucho tiempo. La reacción inmediata fue decirle que no, argumentando que no estaba presentable, a lo que Javier respondió: «Pues arréglate, porque a nadie le viene mal asearse un poco de vez en cuando». Gabriel sonrió como un niño, recogió la caja del tabaco y se metió en la cueva. A los cinco minutos salió cambiado de ropa, lavado y peinado, para pasar revista.

Después de comer, Javier y Gabriel se sentaron a la orilla del río y, bien por el afecto con el que le habían tratado o por el efecto del tintorro, lo cierto es que se le soltó la lengua y empezó a desgranar los avatares de su vida. Era natural de un pueblo de Lugo, un gallego del interior, hijo de familia campesina con una sólida vaquería, pero él siempre fue un balarrasa. A pesar de ello, sacó adelante sus estudios de filosofía y algunas asignaturas de ingeniería.



Alternando sus periodos de vida estable en la Universidad con otros de vida comunal y libertaria en colonias de hippies, viajó y convivió con gente de lo más variopinta y aprendió varios idiomas. Por las reminiscencias de su familia con ultramar, le atraían de manera especial los países sudamericanos. Vivió una temporada larga en Caracas trabajando de pinchadiscos en una sala de fiestas de moda y allí conoció a famosos del mundo de la música de los años sesenta.

Lamentaba haberse casado, porque decía que él era un individuo bastante estable hasta que se ató a su mujer, una remilgada señorita venezolana con más abolengo imaginario que real que le llevó por la calle de la amargura. Como no podía ser de otra manera, de tanto tirar en sentidos opuestos, ella hacia su tierra y Gabriel hacia la suya, le confesó que el matrimonio se fue al carajo.

La mujer, con sus dos hijas, aprovechando que Gabriel se encontraba en Londres por asuntos de trabajo, le desplumaron. De vuelta a su piso, en Móstoles, un pueblo de Madrid, se encontró el nido sin pájaros: la cuenta corriente a cero y el piso embargado. El trabajo le empezó a ir mal y arrancó cuesta abajo hasta aquí.

Cuando Javier le preguntó cómo fue que aterrizó por esta zona de la sierra, le contó que después de vender lo poco que le quedaba, llenó tres maletas con ropas libros, útiles de cocina y enseres personales y fijó su residencia en Manzanares El Real. Unos días antes había alquilado en las afueras del pueblo una casita vieja que apenas se tenía en pie.

Allí estuvo viviendo hasta hacía ocho años, hasta que una noche le despertaron las llamas: se había quedado dormido con el cigarro

encendido y prendido fuego a las sabanas. Él se salvó de milagro, pero de la casa, con la techumbre de madera, solo quedaron las piedras de cantería que la sostenían. Las ropas y los libros que estaban en otro cuarto fueron lo único que pudo salvar, porque la mayoría de sus enseres los tenía en su habitación y los devoró el fuego. Aquel accidente le obligó a convertirse en un mendigo.

Las noches siguientes las pasó en una casucha de aperos en un campo abandonado, pero la mala gente del pueblo y sus alrededores se burlaban de él, le tildaron de pirómano y borracho, le pegaban y le asaltaban la casa cuando estaba durmiendo; no le dejaban vivir. Aquellas gentes le obligaron a refugiarse en la cueva de la sierra, allí, de noche, nadie se atrevía a subir, allí solo acampaban los animales. Decía que la peor de todas las bestias que conocía era más de fiar que muchas personas, y añadía: «En general, los animales salvajes matan y mueren solo por la supervivencia, hay entre ellos un equilibrio racional».

Después de las vicisitudes vividas, no era de extrañar que se diese a la bebida; la sobriedad le producía pavor y le convertía en un cobarde a merced de cualquiera, hasta los niños le hacían huir; pero cuando se embriagaba, perdía el miedo, se armaba de valor y no temía a nadie ni a nada.

Una madrugada, cuando volvía a su cueva borracho, le salió al paso un perro grande de majada que dejaban suelto por la noche para cuidar del ganado; le mordió en la pierna, pero inconscientemente, sin saber de dónde le llegaban las fuerzas, le desencajó la boca y le apuntaló las mandíbulas con un palo. Se lo llevó a rastras hasta otra cueva lejos de la suya, le taponó

la boca con trapos para que nadie sintiese sus ladridos y allí lo dejó hasta que murió de inanición. Después, lo despeñó cancheras abajo para que se lo comiesen los buitres.

El vicio de la bebida iba creciendo a la par que su decadencia humana, de manera que lo que percibía del subsidio y las ayudas que le daban los que se compadecían de él lo derrochaba en alcohol; para comer, nunca le quedaban más de cuatro chavos. La compasión de la buena gente le mantenía en pie.

Cuando estaba sereno, la juventud le hacía un hueco en sus tertulias, donde dejaba patentes sus conocimientos de filosofía, física y matemáticas. En varias ocasiones, ayudó a los estudiantes a preparar exámenes, con resultados bastante satisfactorios.

A pesar de las escasas relaciones con su madre su padre había muerto hacía muchos años, cuando se escapó de su casa y se incrustó en el mundo hippy, Gabriel la tenía como su reserva espiritual más sólida, como un bastión donde resguardarse, como el último clavo al que agarrarse cuando todo lo tuviese perdido. Sabía que si volvía a su regazo no le rechazaría, a pesar de las críticas de sus hermanos, que le acusaban de ser el responsable de la temprana muerte de su padre.

Solo en aquel momento de recuerdo a sus padres se le saltaron las lágrimas. Se las limpiaba con el reverso de la mano hasta que Javier sacó su pañuelo y se lo dio. Aquella escena conmovió a Javier profundamente y, echándole un brazo por los hombros, le dijo: «No te preocupes, hombre, que todo no va a ser malo en tu vida, algún día la suerte cambiará y volverá a salir el sol también para ti». Le ofreció la ayuda económica que

necesitase para que pudiese ir a su pueblo de Lugo a ver a su madre, pero no le dejó terminar; sin mediar más palabras se levantó, agachó la cabeza y salió disparado ladera arriba sin despedirse.

De camino a casa, Javier se acordó de un compañero de colegio, Julián Araque, que a través de Cáritas estaba integrado en una de esas organizaciones de reinserción de alcohólicos. Por un momento sintió un impulso de alivio y vio un rayito de esperanza para el desdichado Gabriel. El lunes de la semana siguiente habló por teléfono con Julián y aquel mismo día le rellenaron la solicitud de ingreso en un centro social. Diez días tardaron en darle plaza en un internado de Torrelaguna, que era el más cercano al hábitat con el que Gabriel estaba más familiarizado. Javier y Elvira se encargaron de ir a recogerle y de prepararle el ajuar, le compraron ropa, calzado e incluso calcetines y pañuelos. Todo lo mejor que tenía lo echaron en un contenedor de basura, porque ni para trapos servía.

El ingreso en aquel centro puso en circulación otra vez su identidad, que estaba perdida en los registros de empadronamiento desde que salió del piso de Móstoles. El estar de nuevo localizable fue la causa de su destrucción total.

En cuanto entró en el centro, empezó a recuperarse a buen ritmo, estimulado por su colaboración pedagógica con los otros internos a los que enseñaba aritmética, escritura y lectura, a los menos preparados y, a los otros, además de estos conocimientos, geografía e historia de España.

Con la sana intención de enseñar todo lo que él sabía a los que convivían con él, enseguida pensó en organizar dos grupos para que aprendiesen a hablar francés e inglés. Pero una mañana, a finales de julio, le sorprendió que el compañero que se ocupaba de repartir el correo viniese al aula donde impartía las clases; le llevaba una carta de un tal

**Rosendo Berrio. Cuando Gabriel la tuvo en las manos, dudó si abrirla o echarla directamente a la papelera, pero los compañeros, después de saber que era de un hermano suyo, le animaron a que la abriese; sabían que nunca había recibido carta de nadie y le veían que se entristecía cuando los otros internos recibían, de vez en cuando, noticias de familiares y amigos.**

**La carta estaba escrita por Rosendo, pero en nombre de todos los hermanos de Gabriel. Después del encabezamiento, con lugar y fecha sin un mal saludo le decía:**

**Por fin hemos logrado localizarte, ¡maldito asesino de nuestros padres! Te alegrará saber que el 28 de octubre del año pasado murió nuestra madre, no la tuya que llevaba muerta muchos años, desde que la mataste con tu vida atropellada y tus continuos abandonos que la hicieron vivir en un permanente estado de ¡ay! Ahora que ya tengo las manos libres, te haré pagar como mereces la muerte de mis padres. Te sacaré de ese centro en el que purgas tus borracheras, te mataré como a un perro y te echaré a los buitres. Ah, y más vale que de la herencia ni te acuerdes, porque si se te ocurre aparecer por aquí... mis hermanos, cuñados y sobrinos te arrancarán hasta las uñas.**

**Ahora que sé dónde estás, podré dormir tranquilo, saboreando la venganza que en nombre de mis padres practicaré contigo.**

**En el centro de la carta, al inicio y al final, había dibujada una cruz, que la convertía en una esquela mortuoria.**

**Aquel fue el último día que estuvo en el internado. Después de recibir la amenaza, subió a su cuarto, ubicado en el primer piso, e hizo correr la voz de que estaba con diarrea; solo volvió a salir para ir a comer y a cenar. Al volver de la cena se encerró con llave, recogió todas sus pertenencias en una maleta y en una bolsa metió dos sábanas, una manta, un almohadón, y dos toallas. Esperó pacientemente a que apagasen la televisión, a eso de las**

doce, y, cuando comprendió que todo el mundo estaba recogido, arrastró la cama contra la ventana, ató una sábana enrollada en uno de los largueros y, después de descolgar la bolsa y la maleta, bajó. Nadie se enteró de nada hasta la mañana siguiente, cuando vieron la sábana colgando de la ventana de su cuarto.

Ya en la carretera, se dirigió hacia la gasolinera que había a la salida del pueblo; allí esperó a que llegase algún camión, subió en el primero que paró y, haciendo compañía al conductor, vino hasta la plaza de Castilla. Cuando estuvo dentro del camión, se sintió liberado de la presión que le ahogaba desde que recibiera la carta. Otra vez volvería a estar solo, pero, para él el beneficio de la libertad estaba muy por encima de la condena a la soledad.

Sabía que no podía volver a la cueva que dejó en Manzanares, porque allí sería el primer sitio donde Javier iría a buscarle en cuanto se enterase de su huida, pero, como aquella sierra se la conocía, pensó que encontraría otra cueva y subió al autobús de Manzanares, que sale muy cerca de la plaza donde se encontraba.

Al llegar al pueblo, cuando se levantó para bajar, vio por la ventanilla del autobús a dos mujeres conocidas, eran vecinas de la primera casa donde salió ardiendo y le entró miedo de ser reconocido; entonces se fue hacia el conductor para decirle que mejor iba a seguir hasta el siguiente pueblo y, sacando un puñado de monedas del bolsillo del pantalón, le pidió que le cobrase la diferencia. El conductor no le quiso cobrar, solo le dijo: «Siéntate y hazte el dormido hasta que llegue a tu parada». Disimuladamente, con la mano tapándose la cara y mirando por entre los

dedos, reconocía la zona para decidir dónde bajarse. Cuando llegaron a un pueblo pequeño y tranquilo de casas viejas, cerca de la montaña que él se había pateado en sus excursiones cuando vivía en la cueva, se bajó, cargó con la maleta y la bolsa y emprendió el camino sierra arriba.

Pronto se situó y localizó la zona donde hacía tiempo había encontrado otra cueva por si tenía que salir escopeteado de la que habitaba. Cerca había un manantial de agua potable, con un pilón donde venían a abreviar las vacas y las cabras de La Cuerda Larga, que así se llamaba aquella sierra.

Con la inercia de subir y huir de la civilización, se pasó de largo. Desde la ladera de aquella montaña, divisaba una amplia panorámica y recordó que la cueva que buscaba estaba al lado de una encina carcomida, la única que había por aquellos contornos. Por fin la divisó, allí estaba la encina, y al lado las rocas que conformaban el habitáculo buscado.

En su interior era menos espaciosa que la anterior, pero después de limpiarla de las piedras y la tierra corrida, le quedaría espacio suficiente para albergarse. Cuando, sin más medios que sus manos y elementos naturales como piedras y palos, limpiaba y agrandaba el interior, parecía una coneja haciendo la gazapera para parir a su camada.

La primera noche durmió sobre un lecho con ramas de retamas y torviscos que cortó por los alrededores de la cueva. A la mañana siguiente, antes de amanecer, buscó en los basureros del pueblo y se trajo dos colchones, una mesa y dos sillas. Cuando la gente del pueblo se puso en movimiento, él ya se había traído al hombro, esos enseres y algunos utensilios desechados que le servirían para la cocina y el aseo: una sartén,

dos cazos, dos cubos de chapa de las pinturas, un barreño de plástico, y algunos cubiertos y vasos. Metió en la bolsa todo lo que vio medio aprovechable, y se la echó a la espalda.

El primer día de estancia, lo empleó en tapar grietas entre las rocas con esa masa de adobe que ya se conocía; no tenía problemas para ello, las materias primas que la componían, tierra barrosa, pasto seco, agua y ramajes, las tenía alrededor de la cueva. La parte más alta de las grietas las dejaría sin tapar para que le sirviesen de respiraderos. Tenía tiempo de sobra, antes de que viniesen los fríos y los vientos, para agenciarse algún ventanuco en los derribos de casas o corrales y dejarlas bien cerradas.

Trabajó con la ilusión del que se siente libre de acechanzas y con la esperanza de poder vivir allí mucho tiempo sin ser descubierto. Aquel lugar recóndito de difícil localización le produjo una sensación de seguridad e independencia. Desde allí, él podría vigilar una gran parte de la sierra sin ser descubierto y, en el caso de que algún intruso se acercase, jugaría con él al gato y al ratón para desviarle del lugar donde se encontraba su vivienda.

En uno de los viajes de aprovisionamiento de enseres, pasó por un corralillo con el tejado y las paredes por tierra y allí descubrió medio enterrados una puerta y dos ventanucos que le podrían servir. Al día siguiente, antes de que se los llevase otro o los cargasen en el camión de la escombrera, bajó temprano y desescombró con sus manos lo necesario para sacarlos, se los fue subiendo a rastras ladera arriba hasta dejarlos a buen recaudo.

Los dos primeros días se alimentó a base de bocadillos de chorizo y salchichón y latas de sardinas que había traído de la residencia. El pan estaba un poco duro, pero como para el hambre no hay pan malo, y los



dientes era quizá lo único de su cuerpo que conservaba en buen estado, no le puso reparos.

Los trabajos de cerrar y adecentar la guarida le absorbían todo el tiempo y, hasta tenerla medio protegida contra los posibles intrusos, no se desplazó hasta la otra cueva donde tenía escondidos los utensilios que allí había utilizado. Al quinto día, también antes de despuntar la aurora, emprendió la marcha atrochando por las sendas holladas de cabras y vacas, para evitar ser visto. Encontró los utensilios escondidos tal como los había dejado, nadie había dado con ellos. Los metió en dos sacos oscuros de los deshechos de jardinería, los ató uno con el otro y se los echó al hombro, uno detrás y el otro delante para que hiciesen de contrapeso.

Mientras iba y venía, fue escrutando el camino más corto y seguro para ir a Manzanares, ya que, a partir del día 5 de cada mes, tenía que acercarse a cobrar su subsidio. Cuando volvió a su nuevo escondrijo, se sentó satisfecho y feliz por lo que había conseguido hacer en tan poco tiempo; en aquel entonces, todavía la supervivencia de su espíritu predominaba sobre las miserias que provocaban su desequilibrio interior.

A última hora de aquella tarde, pulcramente vestido y aseado para confundirse con otro vecino cualquiera de las urbanizaciones que hay alrededor del pueblo y no levantar sospechas, bajó de la sierra para comprar provisiones.

Al entrar en la tienda y mezclarse con la gente de igual a igual, se sintió bien; se vio como un hombre digno de respeto y responsable; además, en el centro de recuperación de Torrelaguna, había conocido de nuevo la satisfacción de que hubiese otras muchas personas que se encontraban muy por detrás de él en la capacidad de entendimiento, y eso hizo que se reforzara su debilitado amor propio dentro de su deteriorado tejido

emocional. Cuando estaba delante de la caja, sacó la cartera y pagó la cuenta, su panegírico interior llegó a cotas máximas.

Al salir, tuvo la tentación de entrar en el bar de enfrente, para celebrar aquel momento de gloria terrenal que disfrutaba, pero un rayito de prudencia se coló dentro de sus entrañas y le quitó la idea. El manantial de la prudencia de donde brotó esa lucecita celestial debió de secarse con aquella buena acción preventiva.

Con la cueva cerrada y suficientemente protegida, la despensa surtida de reservas, las ubres de vacas y cabras retozantes hinchadas alrededor del pilón a escasos doscientos metros, tres botellas de vino y un cartón de cigarrillos negros, le embargó la olvidada felicidad y, dejándose caer en el colchón, abrió los brazos para sentirse más dueño de sus convicciones y dijo: «De aquí al cielo, me llevará mi tocayo... Amen que así sea».

Pero el disgusto que le había producido la carta del hijo mayor de sus padres y, sobre todo, la noticia de la muerte de su madre, le había reavivado un puñado de posos agusanados que, convertidos en capullos, empezaban a transformarse y a abrirse para dar paso a las crisálidas de su destrucción. El olor de la comida, patatas con bacalao, desvió su atención de los pensamientos sombríos y volvió a revestirse de un discreto ensueño.

Después de la comida, se acostó y durmió como no recordaba desde hacía muchos años, relajado y liberado de las desazones que le atormentaban cuando el subconsciente carcomía sus flácidas y erosionadas entrañas.

Se levantó eufórico y tuvo la ocurrencia de esculpir una lápida a sus padres en aquella montaña, necesitaba hacerles un homenaje en la medida

en que sus medios y posibilidades le permitiesen. La roca apropiada seguro que la encontraría entre las miles que le rodeaban y tiempo... tiempo, todo el que la guadaña le diese antes de caer sobre él. Solo le faltaban las herramientas, pero confiaba en que alguna buena persona se las dejase.

Tenía la ilusión de que, cada vez que se postrase y rezase delante de aquella lápida, el espíritu de sus padres le acompañaría. Estaba convencido, desde hacía muchos años, de que el cuerpo era simplemente el soporte del alma y lo mismo daba que se pudriese bajo cualquier tierra y lo devorasen las lombrices o que se lo comiesen los peces del río sagrado.

Aquella tarde se la pasó merodeando por los alrededores en busca de la roca ideal que le pudiera dar satisfacción a sus propósitos. Debía tener una superficie lo suficientemente plana como para que pudiera esculpir en ella el letrero de la lápida. En aquel momento de lucidez, le entraron las prisas por pensar en la esquila mortuoria; no confiaba en que su imaginación tuviese la clarividencia necesaria al día siguiente como para discurrir algo acorde con sus sentimientos, y quería que las palabras fuesen lo más ajustadas a sus deseos.

Volvió a la cueva y salió con una carpeta de cartón que contenía unos folios medio emborronados, y con un lápiz detrás de la oreja. Buscó una lancha donde apoyar la carpeta para verter en el papel su fugaz reconcomio espiritual, y se arrodilló a los pies de una de ellas que le servirían de escritorio. Ahora venía lo peor: pensar fríamente en la esquila mortuoria dedicada a su madre y que por respeto haría extensiva también a su padre. Cuando empezaba a pensar en ella, se afligía y se daba golpes

de pecho. La carta malintencionada recibida del hijo de sus padres, había hecho mella en él, le había alcanzado de lleno y taladrado su conciencia.

En un momento de serenidad, encontró un resquicio para colarse en los recuerdos más dulces que tenía de su madre cuando era niño y la acompañaba en las labores de la casa; recordó con cariño sus palabras: «Gabriel, tráeme un cubo de agua». «Sí madre», contestaba él. «Gabriel, descuélgame una oreja del cerdo», o una ristra de chorizos, o bájame de la troje un trozo de tocino, o saca una canastilla de patatas, o bájame de la alacena el tarro de la sal, o... un largo etcétera.

Así, sumido en el más dulce de los recuerdos, cubiertos durante muchos años por un espeso manto de calamidades, fue desempolvándolos uno tras otro y envolviéndolos en una luminosa afectividad. Con ellos cogió brío y empezó a emborronar los papeles hasta encontrar una idea que le gustase, una esquila que no le produjese al leerla mayor dolor de conciencia y preocupación del que ya padecía.

Al fin, después de rechazar las que le recordaban sus desdichados pasos por la vida y también las otras en las que se declaraba reo de la más cruel de las muertes, le sobrevinieron unos instantes de paz desconocidos hasta entonces y le brotaron las palabras como el chorro de una fuente natural de aguas vivas:

A mis padres Antonio y Rosario: Os pediré perdón mientras viva, porque con mis desatinos os hice sufrir. Siempre fuisteis mi única reserva y refugio espiritual. No miréis las miserias que con mi irresponsable vida os ha teñido de vergüenzas y recordadme como cuando era niño, antes de que el mundo oscureciese mis sentimientos.

De todo corazón os quiere. Gabriel.

A la mañana siguiente, desde bien temprano, buscó por el lugar la piedra más adecuada para esculpir la esquila mortuoria. Tendría que ser, además de plana, de una superficie suficiente para que cupiese el cartel que tenía dispuesto, sin olvidar que su emplazamiento fuese tal que le permitiera cincelarla con comodidad y, una vez terminada, poderla dejar en una posición lo más vertical posible y mirando hacia su Galicia natal. Todo el trabajo tendría que realizarlo a golpes de habilidad, con los medios rudimentarios de que disponía.

Después de reconocerlas minuciosamente una tras otra, encontró la roca que serviría de soporte a la inscripción lapidaria: Una lancha semienterrada y cubierta de musgo, situada en la loma noroeste de una pequeña ladera. La liberó de los substratos y la tierra que tenía a su alrededor vertiendo agua y rascando con ramas secas de encina. Cuando comprobó que la piedra estaba clavada en la tierra por una especie de giba, formando un cuerpo independiente y libre de las restantes rocas que la rodeaban, sintió un gran alivio. Arañó la tierra en la que se apoyaba por su parte baja y, a base de calzarla con otras piedras y apalancando con ramas gruesas, la llevó hacia una posición más inclinada de lo que ya estaba, así su trabajo sería menos gravoso.

A la mañana siguiente, pasó por un edificio en construcción y pidió ver al encargado, le explicó cuáles eran sus intenciones y le rogó que le dejase alguna herramienta para poder cincelar la roca. Se le quedó mirando con extrañeza, pero cuando le dijo que tenía enterrados a sus padres en un pueblo de Lugo, se dio media vuelta, entró en la obra y le sacó una maceta, un puntero y un puñado de clavos gruesos. Resultó que el encargado era de un pueblo de Orense y una vez tuvo la misma intención, pero entre su

**mujer, a la que no le hizo gracia la idea, y la falta de tiempo, finalmente dieron al traste con el proyecto.**

**Más de tres semanas estuvo Gabriel enredado en el trabajo de esculpir la piedra. Durante ese tiempo solo bajaba al pueblo una vez por semana y, después de hacer las compras, se subía a la sierra sin pararse con nadie.**

**Auxiliándose con medios primitivos y valiéndose de sus mañas, porque las fuerzas las tenía muy disminuidas, dejó la lápida casi vertical, recostada en un montículo de tierra bien apisonada, para que no hubiese filtraciones de agua que provocasen un corrimiento de los apoyos. Delante de la roca plantó rosales y geranios, que tanto le gustaban a su madre.**

**Como si su vida sentimental se hubiese vaciado labrando aquella lápida, a los dos días de la solemne inauguración y lectura del epitafio, empezó a sentir la necesidad de destruir todo lo que le rodeaba, incluida su propia existencia. Al caer la tarde de aquel día del reenganche con el desprecio a la vida, se vistió con ropas andrajosas y se ensució el pelo con tierra, con la única intención de provocar el desprecio de todos los que se encontrase y sentirlo en sus carnes.**

**En el primer bar en que entró, pidió una copa de ginebra y después otra, cuando pidió la tercera, el camarero no le quiso servir y le obligó a que se fuese; le invitó de forma grosera a no volver allí hasta que estuviese limpio. Uno de los que estaban en la barra se encrespó con él llamándole guarro a gritos y amenazándole de que, si volvían a verlo con esa pinta, le echarían al pilón. Gracias a que era el mes de septiembre y aún hacía calor porque, después de pasar por otros dos bares con las mismas tretas provocadoras, los mozos del pueblo le cogieron, unos por las piernas y**

otros por los brazos, y le echaron al pilón de un prado. No se atrevió a volver después del chapuzón y se subió a la sierra mascullando venablos contra los vecinos del pueblo. A cada cinco pasos emitía gritos de animal salvaje y pegaba patadas a las piedras que se encontraba en el camino.

La soledad, acompañada de la ausencia de una obligación especial cotidiana, le estaba llevando a los tiempos pasados; pero ahora sus actos no se los reprocharía nadie, ahora su madre ya estaba muerta, ahora no le quedaba nadie a quien rendir cuentas, ahora su vida solo tenía estigmas materiales, ahora no temía a la muerte porque sus sentimientos, y con ellos los miedos, habían muerto. A pesar de todo, cuando estaba sobrio, aún falseaba sus intenciones y parecía digno de todo respeto, pero, cuando entraba en la sierra y la soledad mordía sus entrañas, gritaba como un poseso, como un animal salvaje. Tal era la virulencia de sus quejidos que los perros vagabundos, algunos de raza maligna y hasta criminal, que le salían al paso, huían de él como si fuese la encarnación del diablo.

Nadie, ni él mismo, podría precisar, en caso de disponer de ese minuto de lucidez, cuándo dejó de ser Gabriel Berrio para convertirse en el berrido de Gabriel; cuándo murió su espíritu, cuándo su supervivencia dejó de ser una pugna constante entre el bien y el mal y su vida empezó a ser semejante a la de cualquier animal irracional.

Fruto de esa irracionalidad combinada con la ingesta excesiva de alcohol, fue dejando en su discurrir diario una estela de enemistades y desavenencias que hicieron brotar perversas intenciones en las entrañas de las gentes más sañudas.

Una noche, cuando las piernas no sostenían su alcoholizado cuerpo, le vertieron por la cabeza un bote de pintura roja. Otra madrugada, esa misma clase de gente quiso borrarlo del asqueroso mundo en el que vivía, ese mundo que ellos, junto con otros muchos millones de individuos de bajos fondos, habían poblado de miserias humanas mucho más graves que las que padecía el loco Gabriel, que, al margen de pequeños altercados, solamente había destruido su vida. Aquella madrugada le rociaron con gasolina y se salvó de morir a lo bonzo gracias a la sensatez y la conciencia de algunos vecinos que aún andaban por la calle a tales horas. Era muy dudoso que, a pesar de su imagen salvaje, tuviese valor en su estado natural para herir a animales, y aún menos a personas deliberadamente.

Durante unos meses, la vida de Gabriel se sosegó; entre el miedo a la muerte, que, cuando se vio envuelto en llamas, tuvo entre los dientes, y la compasión de las buenas gentes del pueblo, pudo ir capeando la tempestad que llevaba dentro. Ayudaba a los ganaderos en las vaquerías, cuidaba del ganado, limpiaba los establos, guadañaba los prados, empacaba el heno y estaba dispuesto para todo lo que su voluntad pudiese estirar sus mermadas fuerzas.

Le ofrecieron una casita junto a un establo, pero, probablemente por el mal recuerdo de la casa que quemó, no hubo manera de sacarlo de la cueva. Aquella temporada de normalización de sus relaciones con la gente de bien, fue como una especie de pago de su deuda con la humanidad por el daño que le había infligido, exigido por algún recóndito substrato de sus percepción humana que aún seguía vivo.



Sin que nadie pudiese comprenderlo, un aciago día volvió a las andadas, volvió a derrumbarse el soporte humano que había empezado a regenerarse, y otra vez de vuelta a las borracheras, a los incordios y a las ofensas sin ton ni son a cualquiera que se cruzase con sus desequilibrados pasos.

Desde hace más de un año, no va a cobrar el subsidio a Manzanares, ni se ha dejado ver por el pueblo. ¿Qué razones tan graves debe haber tenido Gabriel!, para de propia voluntad y sin cometer delito punible, haberse convertido voluntariamente en un desaforado. Habría que preguntarse: ¿no ha encontrado ni una sola persona en quien confiar? O... ¿es que han sido tan grandes las ofensas de los suyos que desprecia al mundo y desconfía de él, resignándose a ver morir poco a poco lo que le diferenciaba de cualquier animal?

Algunos cabreros dicen haber visto a lo lejos un bulto andante parecido a un hombre lobo rodeado de perros y rebuscando de noche en los basureros, también se sienten berridos y gritos extraños que vienen de la sierra por donde tenía su guarida, lejos de la frontera que separa el mundo racional del mundo de las bestias.

No sería nada extraño que los perros salvajes que le rodean, el día que lo sientan débil o enfermo, desafien su liderazgo y se lo coman o que se precipite por entre las rocas y los buitres pelen sus huesos; cualquier cosa menos morir en su camastro.

El día que cruzó esa frontera moría un hombre llamado Gabriel Berrio, y su cuerpo se quedaba reducido al simple sostenimiento de una bestia, la bestia del berrido.

## VIII - LA TRAMPA DEL SEÑORITO

Florencio Buenaventura, apodado el Arrastra, era natural del Coscojal, provincia de Badajoz. Fue mi compañero de fatigas en la galería número ocho de la prisión Los Llanos. Era un muchacho alto y delgado de unos cuarenta años, bien parecido, pelo negro largo con raya al medio que se dejaba caer por encima de las orejas. Tenía dos dientes de arriba un poco separados que le daban un aspecto de pillo, de modo que al primer golpe de vista te ponía en guardia; pero eran solo apariencias: luego, cuando lo conocías, te demostraba enseguida que se podía confiar en él. Su aspecto general era de un tipo distinguido

El apodo de “Arrastra” le venía de cuando estaba aún en el pueblo, una vez que le tiró el caballo de su patrón con tan mala fortuna que se le quedó enganchado el pie en el estribo y lo arrastró más de un kilómetro, hasta que el animal llegó al corral.

Una tarde de otoño muy lluviosa en que volvía a casa después de un día de caza, al pasar por delante de la pared de una finca se derribó un portillo, el caballo se asustó, pegó una espantada y lo derribó; gracias a que el camino no era pedregoso pudo contarlo, pero le dejó el trasero en carne viva, como si se hubiese sentado en un brasero recién encendido. A pesar de la cura que le hicieron y de las cataplasmas que le pusieron, aquella noche no pegó ojo. Decía que nunca habría podido imaginar lo larga que resulta una noche en vela y más con aquellos dolores, era como si tuviese las brasas pegadas al culo de continuo.

A la mañana siguiente, se levantó antes de que rayase el día, se metió en un vestido de su madre para no llevar ropa debajo y se echó encima una chaqueta; preparó comida y bebida para pasar una semana en el campo y salió de casa a escondidas, saltando de corral en corral hasta salir del pueblo.

Cuando dejó atrás la última casa, se quitó el vestido y se quedó con la chaqueta y el culo al aire. Tenía preparada una cabaña en lo alto de una encina centenaria, desde donde cazaba los jabalíes; allí había pasado algunas noches y la tenía acondicionada para ello. El armazón de la cabaña estaba hecho con ramas muy secas de olivo, encima llevaba ramas de retama recién cortadas, recubiertas con paja de las rastrojeras del centeno y una capa de barro rojizo muy seboso que hacía de cubierta impermeable, el mismo que empleaban en la elaboración de los adobes. El piso de la cabaña era una plataforma bien armada con palos y cañas gruesas entrecruzadas y resistentes que servían de base a un jergón de paja. Una puerta hecha con cañizos la dejaba cerrada y lo que guardaba dentro a cubierto

de los posibles depredadores. Allí arriba estaba a salvo de los bichos, sobre todo de los lobos, que eran los más peligrosos cuando el hambre los apretaba.

En aquella choza de las alturas, guardaba algunos utensilios viejos traídos de su casa, los más necesarios para subsistir unos días en caso de necesidad: una sartén, dos platos, una cacerola, dos vasos, dos cucharas, una bolsa de pan duro, una botella con vinagre, otra con aceite, un bote de sal y un cuerno de vaca con tapa y tapón pequeño de corcho, en el que estaban mezclados en la proporción adecuada aceite, vinagre y sal para hacer caldos de gazpacho. Al final de la temporada de verano guardaba unas cuantas patatas, cebollas, tomates y pimientos secados previamente al sol, una bolsa de higos pasos y algo más que se le olvidaría contarme.

Con todo lo que allí tenía bien guardado y lo que se llevó de casa: pan tierno, cecina, sobre todo tocino; huevos de gallina, un bidón de cinco litros con leche y un bote con más de un kilo de manteca de cerdo para sus curas, podía pasar el tiempo necesario hasta que se le curase la culera, que la llevaba en carne viva. Además de todo esto, se echó al hombro a su compañera inseparable, la carabina del doce que había heredado de su padre, unos cuantos cartuchos en los bolsillos de la chaqueta y la bota de vino; pero se olvidó de coger un pantalón para volver vestido cuando las heridas estuviesen curadas, por esta razón regresó a su casa de noche y a escondidas, como un ladrón.

Una vez tuvo los enseres dentro de la choza, se sintió dueño de su destino; allí estaría seguro mientras tuviese vituallas. A la puerta, sobre ramas entrecruzadas, extendía una chapa ondulada, recorte de algún tejado desarmado, y sobre ella hacía las fogatas para cocinar y calentarse. El agua la subía desde un charco grande del arroyo que cruzaba por debajo de la encina con una calabaza en forma de quinqué vaciada por dentro, atada a una cuerda larga. La letrina la había dispuesto en un extremo de la encina opuesto al charco; todo lo tenía meticulosamente calculado, hasta el tronco lo había descortezado un metro o más desde el suelo; lo recubría con manteca de jabalí para evitar que los reptiles, los gatos y otros trepadores pudiesen subir sin ser invitados. Tal como me la describió, pensé que aquella encina, por su envergadura y su ubicación, era una joya.

Allí arriba se pasó ocho o diez días con las posaderas embadurnadas de manteca de cerdo; le quedaron unas ligeras cicatrices en las que había que fijarse bien para verlas.

Cuando terminó con sus relatos, se bajó los pantalones y me preguntó: «¿A ver si notas algo?». Le contesté que, efectivamente, habían cicatrizado muy bien, porque no se apreciaba huella de ellas.

A pesar de todas las protecciones que se había pertrechado: la escopeta, que tenía siempre a mano, y unas varas de chopo de más de tres metros de largo con las puntas afiladas, la segunda o tercera noche pasó miedo. A eso de media-noche, llegaron cinco lobos hambrientos al olor de los guisos que se preparaba y estuvieron aullando, desgarrando y arañando el tronco hasta casi rayar el día. Le imponían mucho los lobos, se le notaba en los ojos cuando relataba algún episodio en el que estuviesen por medio, y sacudiendo las manos como si las tuviese llenas de hormigas, decía: «Es que un lobo hambriento es una bestia desgarradora, no deseo a nadie que se encuentre con ellos si no va bien armado». Después se quedaba un rato en silencio con la mirada perdida, acordándose de alguno de los muchos episodios tristes que debía de guardar en su mollera.

Conocía muy bien los hábitos de los lobos y sabía cómo provocarlos. A la mañana siguiente, ya cerca del mediodía para evitar riesgos innecesarios, se descolgó de la encina, hizo un hoyo a unos cinco metros del tronco y enterró unos sacos y trapos rotos impregnados de manteca de jabalí, que los lobos huelen a una legua. Los cubrió bien de tierra y se subió a esperar la llegada de la noche, a ver si tenía suerte y volvían o mandaban a un inspector para que les enviase los mensajes.

Efectivamente, unas tres horas después de la anochecida, llegó muy sigilosamente el inspector de turno, venía muy lentamente deslizándose con suavidad entre las jaras y las retamas, pero en la oscuridad de la noche sus ojos lo delataban, tenían un brillo amarillo anaranjado penetrante, como la luz de una vela. Dio unas vueltas alrededor del tronco de la encina y olfateó donde estaba la trampa que les había dejado Florencio. Se cercioró con el olfato de que allí había enterrado algo sustancioso y se retiró a un pequeño montículo que había a unos cincuenta metros de la encina. Desde allí empezó a llamar a los otros con unos aullidos floreados que no eran los habituales, debía de ser el mensaje de que había encontrado comida.

A la media hora más o menos, se presentaron otros cinco, a cuál más grande, y empezaron a escarbar en busca del manjar que olfateaban enterrado. Cuando descubrieron que lo enterrado no era comestible, desgarraron los trapos y se abalanzaron contra el que los había engañado, lo dejaron mal-herido, sin poderse mover y emitiendo continuos aullidos de dolor. Cuando Florencio comprendió que

los otros ya estarían a suficiente distancia como para no poder discernir la dirección del disparo, le remató desde arriba de un tiro certero, no para que dejase de sufrir, que eso me pareció que le importaba bastante poco, sino para que le dejase dormir.

Al día siguiente, tomando las precauciones debidas, bajó y lo despellejó; se quedó con la piel y arrastró el cuerpo hasta una calva del monte, desde donde no le llegase el fuerte olor y los buitres pudieran verlo. Su madre chapuceó con la piel una especie de chaleco que se pone en invierno para presumir entre sus paisanos. Les contó que lo había matado con su cuchillo en una pelea cuerpo a cuerpo.

Para Florencio, la manteca de jabalí era como un talismán: cuando las culebras y las víboras que intentaban subir tronco arriba resbalaban y caían, el ruido las delataba y él las cazaba con las lanzas afiladas; las subía pinchadas, las desollaba y, asadas, decía que eran un plato suculento con sabor a pollo.

Desde el punto más alto, donde tenía montada su torre de control, no se le escapaba detalle a muchos cientos de metros a la redonda. Con su vista de lince tuvo controlados los movimientos de todos los que pasaban por la zona aquellos días. Me comentó que lo más sorprendente de todo lo que observó, incluso más que la pelea de lobos, que ya es decir, fue la relación entre una pastora y su caballo. Al cruzar el arroyo y a unos quinientos metros más abajo de donde él se encontraba, vio un espectáculo sorprendente que le sobrecogió; cuando me lo estaba contando aún se le erizó la piel.

A los pocos meses se enteró de que aquellas extrañas relaciones se terminaron cuando la pastora se puso enferma y tuvo que sustituirla el marido. Aquel día, al llegar al cruce del arroyo, el caballo se detuvo y no había forma de que continuase su marcha; por fin, a palos, logró el pastor hacerle avanzar, pero cuando por la noche se encontró con otro pastor vecino y se lo comentó, le puso en antecedentes de lo que ocurría en aquel punto entre su mujer y el caballo.

Una vez que la pastora se hubo recuperado y retomado su diario quehacer de llevar la leche al pueblo, el marido la esperó oculto entre la maleza en el cruce del arroyo, que a su vez era donde se producía el cruce entre el jamelgo y su mujer.

Al igual que en ocasiones anteriores, se disponían a consumir la operación cuando les sorprendió el deshonorado marido, que de varios tiros mató al caballo. A la mujer, por lo que contó el otro pastor, se la llevó arrastrándola del pelo hasta su casa y la tuvo cerrada en un cuarto oscuro a pan y agua durante una semana. Unos días antes de entrar en prisión, Florencio pasó por aquel lugar y comprobó que la cabeza del animal tenía más agujeros que un colador; en algunos puntos, los balines de plomo continuaban atrapados entre los huesos.

Por los pasajes que aquel día me contó, que me parecieron bastante fiables, tuve la impresión de que olía la muerte a una legua. No me extrañó que fuese él quien localizase al viajante de telas y otros utensilios para la casa y el aseo que recorría con una motocicleta aquellos pueblos a los pocos días de devorarlo los lobos. O al cartero de Piedras Negras, un tal Fernando el Cojo que venía dos días por semana, los martes y los sábados, a recoger la correspondencia al Coscojal. Aquella semana, ni el martes ni el miércoles, hizo acto de presencia. En el camino debió de espantarse el burro en el que solía ir encaramado y cayó rodando por una barrera del monte, con tan mala suerte que paró contra un tronco de jara en el que se quedó clavado por la barriga sin poderse mover. Se murió desangrado y cuando Florencio lo encontró tenía la boca desencajada y los ojos fuera de las órbitas, del dolor que debió de padecer aquellas últimas horas.

Florencio dio con sus huesos en la cárcel por salirse de su parcela: se dejó llevar por los flirteos de la mujer del patrón, que no debía de estar muy satisfecha con el caso que su marido le hacía y provocó a este infeliz. Cuando el marido se enteró, se lo quitó del medio de un plumazo acusándole del robo de un caballo, lo que le costó dormir dos noches en el calabozo, y gracias a que tenía un testigo de haberlo tomado prestado con permiso del capataz, que si no habría sido la perpetua la que le hubiese caído. Cuando el señor juez preguntó al encargado, este no abrió la boca más que para decir que no se acordaba, por lo que el patrón cerró el caso diciendo: «Pelillos a la mar», –y todo quedó olvidado–.

Pero aquel golpe fallido hizo que el amo preparase el siguiente pensándose lo mejor y le tendió una trampa tan bien tramada que no se libraría de la cárcel. Aquel sábado por la mañana, el señor sacó cincuenta mil pesetas del banco para pagarle la semana a los jornaleros; cuando volvió a la finca estaban Florencio, el capataz y dos más esquilando las ovejas en mangas de camisa, las chaquetillas las habían dejado colgadas de unas estacas clavadas en la pared, en las grietas que quedan entre los adobes. El patrón conocía bien cuál era la chaqueta del *Arrastra* y, en un momento en que estarían agachados o de espaldas, le debió de meter en el bolsillo de su chaquetilla raída el sobre con el dinero.

Comieron todos en el mismo cobertizo donde estaban esquilando, sobre unas mesas improvisadas con tableros y sentados en cajones de madera. Probablemente, el patrón no dejó de vigilar la chaqueta ni un minuto, no se levantó ni a orinar en dos horas para no perderla de vista; comieron, bebieron y fumaron abundantemente, lo propio de un día de esquila.

Al final de la tarde, el amo mandó a Florencio que fuese a la casa y que le trajese el sobre con el dinero de los jornales, que había dejado en el primer cajón

del lado derecho de la mesa de su despacho. Cuando salió del cobertizo, el patrón y los otros salieron también, pero en sentido contrario, metieron las ovejas en el prado de al lado y allí se quedaron comentando los kilos de lana que habrían sacado y los que faltaban porque algunas aún estaban por parir. Muy astutamente, el amo se quedó fuera del cobertizo donde estaba la chaqueta con el dinero en compañía de los demás, hasta que el pobre Florencio volvió para decirle que no había encontrado ningún sobre con dinero en el cajón.

El patrón se dirigió hacia la casa a paso ligero y entró dando un sonoro portazo. Llamó a la mujer y a la criada y empezó a gritarles de manera desaforada; cuando salió le siguió la criada y, con las manos cruzadas sobre el pecho, le imploraba que la creyese, diciendo: «Yo no he entrado en su despacho desde que lo limpié esta mañana temprano, señorito, mucho antes de que usted volviese del banco, por Dios se lo pido, créame». Florencio y los otros se quedaron parados delante de la puerta del cobertizo, observando el panorama. Cuando llegó a ellos soliviantado, les dijo «Vamos para dentro». Una vez estuvieron todos dentro, al capataz, que entró el último, le llamó por su nombre y le ordenó: «Cierra la puerta, Anselmo, que aquí va a arder Troya esta tarde; no sale nadie de la finca hasta que aparezca el dinero». Dicho esto, se quedó parado y pensativo con la mano tapándose la boca, mirando las chaquetas que continuaban colgadas en el mismo sitio.

Disimuladamente, empezó a trastearlas palpándolas de arriba abajo; como era lógico, la última que trasteó fue la de Florencio. Cuando palpó el sobre con el dinero, la descolgó y se la trajo a su infeliz dueño preguntándole: «¿Qué coño llevas ahí dentro?». «Que yo sepa nada», –contestó Florencio oliéndose la tostada que le caería encima, mientras le daba la chaqueta y le ordenaba que sacase todo lo que llevaba dentro—. Con la mano temblorosa sacó el sobre, se lo tiró a la cara y se abalanzó contra él. El capataz y los compañeros le sujetaron para evitar males mayores, porque, tal como le vi cuando me lo contaba, debió de ponerse fuera de sí. De haber estado a solas con su patrón, probablemente hoy su pena sería por delito de sangre. Cuando la inquina estaba en todo su apogeo, repetía una y otra vez: «Cuando salga le mataré, ese cabrón no se va a reír de mí».

Mi confianza en Florencio era tal que no me inquieté en absoluto, sabía que aquellos arrebatos eran puntuales, un calentón pasajero. A pesar de ello, le pregunté pausadamente: «¿Tú crees que aquel tío, su hacienda, su puta vida ni la golfía de su mujer valen un solo día tuyo aquí dentro? Vale, cuando salgas, te vas una noche y le frías a tiros, ya le has matado; así, ¿qué recuperarías del tiempo

que has perdido aquí?, contesta Arrastrao, contesta». Se puso de pie y abriendo los brazos con gesto de profundo cabreo, sin levantar la voz, me dijo: «No me llames Arrastrao, en este momento no». «En este momento no, ¿por qué? –le contesté–. Porque sientes en tus entrañas la trampa que te tendió aquel cabrón y el llamarte Arrastrao hace crecer en ti el estado de humillación en el que te encuentras. Sí, está claro que así debe ser, pero hay una pequeña diferencia, ¿sabes cuál es?, ¿sabes cual es Arrastrao?, la diferencia es que yo soy tu amigo y nada de lo que te diga te lo diré ni para ofenderte ni para humillarte. Esa es la mejor lección que debemos aprender aquí dentro, a diferenciar el que te aprecia del que te desprecia y a valorar qué cosas son las que justifican perder la libertad y hasta la vida si fuese preciso. Para mí solo el honor, solo ese perfume personal de cada uno, ese aroma que te nace de las entrañas y que te hace ser tú mismo, todo lo demás es mierda.

Cuando salgas de aquí me gustaría que pasases unos días en mi casa, pero si no quieres y no vuelvo a verte, prométeme que no te acercará a la finca maldita y, si el señorito te provoca, le darás un rodeo. Ahora vamos a cantar colombianas, que esta noche tenemos el alma templada para ello».

Salimos de su celda, camino del tablao flamenco que teníamos instalado en un rincón de la cantina, tatareando, y con el corazón en un puño: «Quisiera cariño mío, que tú nunca me olvidaras, quisiera cariño mío, que tú nunca me olvidaras, que tus labios con los míos, en un beso, se juntaran, y que no hubiera en el mundo nadie que los separara». «Morena, por tu cariño, morena, por tu cariño, ay, sabes lo que estoy sufriendo, y en vez de sentir mi pena, de mi amor te vas riendo, nadie te querrá en el mundo como yo te estoy queriendo».

Aquella noche no habría cenado ni me habría acostado hasta que hubiese caído redondo escuchando al Arrastrao; cantó todo lo que se le venía a la memoria, hasta peteneras y otras muchas que nunca hubiese sospechado que las pudiese bordar como lo hizo, pero aquella noche le subía el corazón garganta arriba y cuando le llegaba a la boca reventaba con una llamarada de sentimiento convertida en cante.



## IX - UNA SUEGRA ENTRE LOS DOS

En las pasadas vacaciones de verano, Luis Fernández, sin pensárselo mucho, hizo el petate y se desplazó a la costa malagueña durante diez días; estaba rabioso por disfrutar de su recién estrenada libertad. Hacía dos meses que se había separado y, como no dejaba descendencia, se sentía libre como un pájaro. Estaba deseoso de ejercitar sus alas anquilosadas desde hacía muchos, muchos años, por ennoviarse a muy temprana edad.

Solo tenía dieciséis años cuando empezó a salir con una vecina de la urbanización donde sus padres tenían un apartamento para los fines de semana. Después de ocho años de relaciones continuadas con Susana, se casaron; creían conocerse sobradamente bien y con ilusión emprendieron el incierto camino del matrimonio, el incierto camino de compartir la vida para lo que fuese menester, hasta que la muerte los separase. Pero, de visita, las cosas que se hacen y se dicen suelen distar de la realidad, y Luis desconocía en el fondo la influencia y el dominio que sobre Susana ejercía su madre, a la que, no siéndole suficiente aquel dominio, intentaba extenderlo hasta su yerno reiteradamente.

Al regreso de la luna de miel, empezaron a agriársele las relaciones con su suegra, pero transigía por aquello de: «Tengamos la fiesta en paz», y «esperemos a que escampe el temporal». Lo que más le dolía de aquellas embarazosas situaciones era el silencio de su mujer, que jamás se decantaba hacia su lado, ni aun en los casos en que él tuviese clara y palmariamente la razón. En aquellas circunstancias, Susana se quedaba petrificada y toda la familia enmudecía cuando el sargento mayor asentaba sus reales sobre el tapete de cualquier asunto que se tratase.

Cuando eran novios, Luis escurría el bulto en los momentos de marejadilla y seguía adelante con la esperanza de que las ansias desmedidas de su suegra por controlarlo todo no traspasarían la puerta de su casa una vez casados, pero se equivocó. Aquel principio egoístamente concebido de autoridad maternal le daba a su suegra el derecho, para motu proprio, atravesar con sus decisiones las puertas, las ventanas, los muros y hasta el tejado de su casa sin respeto a la independencia de los recién casados. En resumen: un ordeno y mando que sustituyó a la muerte en el límite de la convivencia de aquella pareja, que en principio tenía todos los

ingredientes necesarios para que su unión hubiese dado los resultados que deseaban.

Pero, como dice el refrán, «No hay mal que por bien no venga»; aquellas frecuentes alteraciones del orden familiar y de la paz que los recién casados necesitaban tener y no conseguían alcanzar obró en Susana a modo de antídoto para impedir el embarazo anhelado por la pareja. Esta circunstancia tenía muy irritado a Luis, que deseaba con ahínco ser padre y no comprendía las razones de los resultados negativos, máxime cuando los médicos consultados les habían asegurado que ambos eran fértiles para procrear.

La tarde en que el médico les confirmó que la inestabilidad emocional de Susana era en un altísimo grado la causa de su temporal esterilidad, la dejó en el piso y, con la excusa de que tenía que pasar por su oficina, a pesar de que eran ya las ocho de la tarde, salió directamente hacia la casa de sus suegros decidido a hacerlos responsables de lo que para él era una desgracia. Los ojos los tenía enrojecidos y sus entrañas churruscadas por la hoguera que le ardía dentro.

Ya en el zaguán de aquella casa, no tuvo paciencia para esperar el ascensor, que andaba por las plantas de arriba, y subió hasta el segundo piso saltando de dos en dos los escalones, como si se dispusiera a apagar un fuego. Llamó a la puerta insistentemente y enseguida le abrió el calzonazos de su suegro; le echó a un lado de un empujón y se fue en busca de Filomena, que así se llamaba la madre de Susana, a la que había escuchado preguntarle al marido quién era. Estaba en la cocina preparando la cena, batía huevos para hacer una tortilla y las patatas a rebanadas se freían en una sartén.

Al verlo entrar con la bravura que se reflejaba en su cara, se debió de temer lo peor, porque soltó el tenedor en el plato con los huevos a medio batir y, antes de que se pudiera hacer una idea, le empezaron a llover improperios que, por ser quien era el sujeto receptor, el más fuerte sonaba suave en los oídos de Luis: «Madre del demonio, hija del trueno, alimaña venenosa, ojalá te arranquen las uñas y te saquen los ojos antes de morir frita en una caldera». Al vomitar este improperio, que aun no fue el último, dio un fuerte manotazo al aire, acertando fortuitamente sobre el mango de

la sartén donde freía las patatas; estas salieron dispersas y revueltas con el aceite contra la cara y el cuerpo de Filomena.

A pesar de los gritos y los quejidos que emitía, Luis no amainó en la emisión de venablos hasta haber vaciado de odios y desprecios la saca a rebosar que llevaba dentro, mientras su marido la limpiaba y refrescaba las quemaduras con un paño humedecido. Cuando se sintió medianamente satisfecho, más por el castigo fortuito de las quemaduras que por sus improperios, porque al fin y a la postre las palabras, por muy gordas que sean y muy mala la intención con la que se arrojen, a ciertos individuos les producen el mismo efecto que una flecha de plástico sobre la piel escamosa de un caimán, dirigió una mirada feroz a su suegro y con el dedo acusador le dijo: «Tú tienes la culpa de todo, ¡cobarde!, ¡mamón!», y salió de la casa dando un fuerte portazo. Ya en el descansillo de la escalera, se despidió con fuertes pisotones, como si quisiera sacudirse el polvo del largo camino que había recorrido al costado de aquella familia durante más de ocho años y como si quisiera reducir a harina los recuerdos, los resignados recuerdos de aquel periodo de su vida.

De regreso a su casa, pasó por la cafetería donde de soltero solía reunirse con sus amigos. Por la hora que era, probablemente alguno anduviese todavía por allí. Efectivamente, al pasar por delante de la vidriera, vio sentados en la barra a dos de la pandilla, lo que le produjo un enorme regocijo por la necesidad mortal que tenía de desfogarse.

Debía de llevar escrita en la cara la situación que acababa de atravesar, porque al verlo entrar se apearon de los taburetes y dieron unos pasos para ir a su encuentro. Los dos le hicieron la misma pregunta: «Pero ¿qué te ha pasado? ¿De dónde vienes con esa cara?».

Uno de sus amigos le ofreció su taburete para que se sentase; se aplastó sobre él, clavó los codos en la barra y, con la cabeza entre las manos y la mirada perdida, dijo con voz perturbada: «¡Hija de mil demonios! ¡Ojalá se te levanten todos tus muertos! ¡Que una bandada de grajos te coman los ojos!».

Todos los clientes que en aquel momento estaban próximos a él, especialmente sus dos amigos, no daban crédito a lo que estaban escuchando, sobre todo por tratarse de Luis, un muchacho tranquilo, amable, pacífico... encantador en suma. Sus dos amigos, que se habían puesto uno a cada lado y le tenían echado el brazo por los hombros, solo le

decían: «Tranquilízate, hombre, tranquilízate», y le preguntaban, más con el ánimo de apaciguarle que con la curiosidad morbosa de descubrir lo que le habría sucedido: «¿Qué te han hecho Luis? ¿Qué te han hecho?». Pero él no volvió a abrir la boca hasta pasados unos minutos más que para echar tragos largos de la botella de cerveza que tenía delante.

Le dejaron que se tranquilizase y, mientras, el local fue recobrando su habitual ruido ambiental, pues se había quedado mudo. Los tres se fueron relajando a golpe de beber y fumar. Luis empalmaba un cigarro con otro y lo mismo hacía con las botellas de cerveza, hasta que sus amigos le hicieron señas al camarero para que no le sirviese más. Cuando el alcohol y la nicotina le habían hecho el efecto deseado, se estiró, levantó la cabeza, abrió los brazos dejándolos caer sobre los hombros de sus amigos, los miró con aire de pedirles disculpas por el susto que les había dado y les dijo: «Vamos fuera y os contaré lo que ha pasado, lo que he hecho»; -añadió con ánimo de rectificar-.

Salieron los tres de la cafetería y se sentaron en un banco del parque que había enfrente; allí pasaron una hora larga mientras Luis les desgranaba los desgraciados acontecimientos. Ya al final, les confesó el temor que sentía de que las relaciones con su mujer se vieran gravemente afectadas por aquellos sucesos, por la supeditación de Susana a su madre, que eso era más que estrecha relación. Con este resquemor se despidió de sus amigos y siguió camino a su casa.

Le costó meter la llave en la cerradura por la tembladera que le producía el recelo de cómo encontraría a Susana, a la que a aquellas alturas suponía ya enterada por su madre de lo sucedido y amañado a su antojo para que surtiese el efecto deseado. Su estado se agudizó cuando comprobó que la llave estaba echada, lo cual era sinónimo de que su mujer no estaba. Efectivamente, al entrar y comprobar que toda la casa estaba a oscuras, se confirmaron sus sospechas: Susana habría recibido la llamada y el requerimiento de su madre para que le abandonase.

Después de comprobar que todas las habitaciones, incluidos los dos cuartos de baño y la cocina, estaban vacíos, intentó comunicarse por el teléfono móvil con ella, pero lo tenía desconectado, lo mismo ocurría con el

de su suegro. Los llamó al teléfono fijo, pero como sabían por estos chivatos modernismos de la tecnología que era él, no lo cogían, ¡lógico!

Estaba muy cansado y decidió echar el cierre a sus pensamientos hasta el día siguiente. Entró en la cocina para tomar algo y, al poner el mantel sobre la mesa, descubrió una cartulina, que en un principio confundió con una hoja de envolver, en la que Susana le había escrito la siguiente nota de despedida: «He vuelto con mis padres, no me esperes, hemos terminado».

Luis no tardó ni cinco segundos en volver a vomitar una nueva ristra de exabruptos contra su suegra, con los que descargaba su ira: «¡Maldita zorra!, ¡te mataré!, ¡si me robas a Susana te arrancaré el corazón!, ¡te desollaré viva!».

De repente todo lo vio negro y una especie de náusea seca le subió de las entrañas quemándole a su paso el pecho y la garganta. Difícil se le presentaba el panorama porque la casa de sus suegros no volvería a pisar y llamarles por teléfono... ¡ni pensarlo!; así es que, hasta la mañana siguiente, cuando hablase con ella en el trabajo, no podía hacer nada.

Se sentó a la mesa de la cocina con el vaso de agua entre las manos y la fue tomando sorbito a sorbito, inconsciente de lo que hacía y reflexionando en lo sucedido. Al principio, le asaltó un sentimiento de culpabilidad que poco a poco se fue sacudiendo a medida que se iba tranquilizando; al final llegó a la conclusión de que si su mujer había optado por su madre en vez de por él, incluso antes de que le relatase lo sucedido, veía difícil cambiar el curso de los acontecimientos. Le parecía inútil intentar cualquier razonamiento o justificación después de que Filomena hubiese clavado sus agujones envenenados en las enmadradas entrañas de Susana.

Estaba tan abstraído en sus pensamientos que no se dio cuenta del tiempo que pasaba. A las doce miró el reloj, quizás por la necesidad que, a pesar del disgusto, tenía de comer algo. Mientras comía lo que había encontrado a mano, recordaba los dos años en que había vivido emancipado antes de casarse y se veía otra vez haciendo las comidas, lavando y planchando la ropa... todo, menos la limpieza general, que una señora hacía un día a la semana.

En aquel momento no estaba asustado por tener que volver a vivir solo, estaba convencido de haber obrado como debía y eso fortaleció su estado de ánimo. Con cierta dosis de optimismo se fue a la cama relajado y

**volcado en sus adentros. Antes de dormirse, refrescó lo sucedido y, a modo de oración de despedida del día, no pudo evitar lanzar a su enemiga los últimos venablos: «¡Maldita Filomena! ¡Que te pudra una gangrena!».**

# INDICE

<u>CAPITULO</u>		<u>PAGINA</u>
I	LUCÍA Y JUANITO	1
II	ARTURO TIENE SU ESTRELLA	11
III	¿DÓNDE ESTÁ VICTOR?	20
IV	CUANDO VUELVAN LAS GOLONDRINAS	32
V	GRACIAS A FERMÍN	48
VI	LA FUERZA DEL DESTINO	54
VII	¿CUÁNDO MURIÓ GABRIEL BERRIO?	66
VIII	LA TRAMPA DEL SEÑORITO	87
IX	UNA SUEGRA ENTRE LOS DOS	94